



La Hermosura y la Desdicha

Francisco de Rojas Zorrilla

PERSONAS

DON JUAN DE MONCADA

FABIO, criado.

DON PEDRO DE CARDONA.

MONZÓN, criado

LAURA, dama.

INÉS, criada.

LAÍN, escudero vejete.

LUCINDO, viejo.

EL REY DE NÁPOLES.

LA INFANTA, su hermana.

DANTEO, villano.

SERGASTO, villano.

CAZADORES DEL REY.

ACOMPAÑAMIENTO.

Jornada primera

Salen DON JUAN y FABIO.

DON JUAN

Dejadnos solos.

FABIO

Señor,

¿qué suspensión te divierte,

que te ha robado el color?

DON JUAN

No sé, Fabio.

FABIO

No es de muerte

ninguna herida de amor;

habla, declara tu mal,

que no hay cirujano tal

como el bien acuchillado;

también soy de amor soldado.

DON JUAN

Fabio, mi mal es mortal:

Vi una mujer de amor ciego

que el sentido me robó;
pero más atizo el fuego
si a pintar las gracias llevo
con que el alma me abrasó.

Que tantos los rayos son
de sus divinos despojos,
que ha más su opinión
el amor a sus dos ojos

que al veneno de su arpón.

FABIO

¿Hiriote Laura divina,

luz del sol, tan peregrina,

que en todo el templo no había

más beldad?

DON JUAN

Ya desconfía

mi vida.

FABIO

¡Qué no adivina

la curiosidad, Señor,

de un criado! Llega a hablarla,

y empieza a entablar tu amor.

DON JUAN

Quiero, pues, Fabio esperarla

aunque muera en su rigor.

¡Qué beldad, y qué hermosura!

¿Hay más divina criatura?

No pudo naturaleza

recopilar más belleza;

merece la fe más pura.

FABIO

Es tan perfecta, Señor,

que me atreveré a decir,

y perdóneme tu amor,

que si no sabe pedir

es del mundo la mejor.

Pues si hablo en su calidad,

no la hay en esta ciudad

mayor que la que ella tiene;

de tu sangre real viene.

DON JUAN

Háblame, Fabio, verdad,

que tan rendido a sus ojos

mi corazón se mostró

rindiendo humildes despojos,

que el alma que la miró

ostentó glorias y enojos.

Glorias, en verse empleada,

si incierta de ser amada,

en tan divino sujeto:

Enojos, porque en efecto

duda el bien de ser pagada.

y tan rendido me veo

a su gracia y perfección,

que me dice ya el deseo

que hará bien dichoso empleo

mi abrasado corazón.
Salen LAURA, INÉS y LAÍN.

LAURA

Gran fiesta, por vida mía,

hemos tenido este día;

Inés, ¡qué aseo y grandeza,

qué lucida gentileza

en toda la iglesia había!

INÉS

Gloriosa puedes estar,

aunque tanta gala juntes,

y esto sin lisonjear

de que has podido matar...

LAURA

¿A quién?

INÉS

No me lo preguntes.

LAURA

Ya yo sé por quién lo dices;

pero aunque más lo autorices

no espere don Juan favor,

porque se rindió mi amor

a favores más felices.

LAÍN

Y tanto lució tu talle,

con haber tantos allí,

que del asiento a la calle,

ninguno, Señora, vi

que dejase de alaballe.

FABIO

Advierte, Señor, que vienen

los luceros que te tienen

absorto de Laura hermosa,
a quien el sol y la rosa
rayos y beldad previenen.

Llega tierno y temeroso,
enamorado y galán,
que ya te miro dichoso
si en sus dos ojos están

los rayos de Febo hermoso.
DON JUAN
Tanto rayo, y tanto fuego,

Ícaro, temo, si llego,
y bien lo puedo temer,
siendo forzoso caer

en el mar incauto y ciego.
(Llega a hablarla.)

Si pudiese mi humildad
tener licencia, Señora,
de hablaros, hoy se la dad,

a un rendido que os adora.

LAURA

Decid.

DON JUAN

Señora, escuchad:

Mi libertad segura

blasonó libertades, ya opresiones

rinde a tanta hermosura,

más que libre, contenta en las prisiones,

gozosa con la suerte

que tan dichosa halló llegando a verte.

Un jardín oloroso
fue el templo en que a matar, si a orar veniste,
donde el jazmín lustroso
y el clavel, que de Adonis sangre viste
y demás flores bellas,
miré en mil rostros con afrenta dellas.

Mas el tuyo, en quien pone
tales partes amor, en partes tales
tanto esplendor compone,
que si pretenden competir iguales,
excedes tanto sola
cuanto excede la rosa a la amapola.

Porque hermosura tanta
los sentidos de suerte me ha robado,
que la victoria canta
dejándome de libre aprisionado
con esos ojos bellos
que trueca amor sus flechas hoy por ellos.

Mi alma enamorada
ofrece por despojos una vida
que en tu esfera abrasada
halló descanso en ti, bella homicida,
y halló en tus claros ojos
del aljaba de amor ricos despojos.

Temple tu luz serena

el furioso rigor de mis dolores,
pues mi gloriosa pena
sacrifica a tu honor castos amores,
y sólo mi deseo
aspira al dulce fin de honroso empleo.

LAURA

Digno sucesor os miro
deste noble y rico estado,
y estar de mí enamorado
tan presto, mucho me admiro.

Ya con temor me retiro
de creer lo que decís,
porque es cierto que fingís
el amor que me mostráis,
y entiendo que me engañáis,
pues que tan presto os morís.

Vivid, don Juan, muchos años,
porque en tanta gallardía,
flaqueza tanta podía
dar que temer otros daños.

No digo que con engaños
burláis hoy mi voluntad,
mas me dice mi humildad,
aunque nobleza la anime,
que por señor os estime
en tanta desigualdad.

Porque el amor entre iguales
se logra, se anima y crece,
igualdades apetece,
mis partes son desiguales
a las vuestras, que son tales,
que las miro sin igual,
y perder os está mal,
por mí, sujeto más alto,
y es quereros bien, si falto
a correspondencia tal;
que si el amor es locura,
vuestro amoroso furor
no espere, no, mi favor,
aunque tanto os apresura
si fue causa mi hermosura,
y ella faltare, seré
aborrecida, y se ve
patente y claro mi daño;
porque os llamaréis a engaño,
en ofensa de mi fe.

Más alto y más rico empleo
merece vuestra persona,
si perdéis una corona
ya aborrecida me veo;
yo soy humilde trofeo

para tanto merecer,

y así vengo a responder,

y estad de aquesto advertido,

que sois muy grande marido,

que soy pequeña mujer. (Vase.)

DON JUAN

¿Qué, se fue?

FABIO

Una vez no más.

DON JUAN

¡Hay más claro desengaño!

Ya es, Fabio, cierto mi daño;

Detenla.

FABIO

Ya es por demás.

DON JUAN

¿Cómo tan de espacio estás

si tan aprisa me muero?

Hoy del vivir desespero,

hoy mi vida se acabó.

FABIO

Pues si Laura te mató,

hoy resucitarte espero.

DON JUAN

Consuela, Fabio, mi vida.

FABIO

Yo, Señor, he de vencer

esta valiente mujer,

esta gallarda homicida;

hoy tu esperanza perdida

restituye mi lealtad:

Hoy verás mi voluntad.

DON JUAN

¿Cómo?

FABIO

Ten, Señor, sosiego,

espera y veraslo luego.

DON JUAN

Cielos, mi mal remediad.

Tocó mi amor el claro desengaño

al tiempo que a las puertas de la muerte

amaneció mi dicha (¡ay, dura suerte!)

Anocheciendo con su mismo engaño,

declarose mi amor para su daño;

mejor fuera callar, si bien se advierte

qué consuelo, le basta a mal tan fuerte

qué de consuelo, sobra a un mal extraño.

No quiero vida, si me falta Laura,

la muerte quiero por el gusto della,

pues que fue de mi fuego ardiente el aura

hoy un desdén mis glorias atropella,

con esperar mi vida se restaura,

pues por industria o fuerza he de vencella. (Vase.)

Salen FABIO y LAÍN, vejete.

FABIO

Esto se ha de hacer sin falta,

y esta cadena tomad,

y estimad mi voluntad

que la enriquece y esmalta.

LAÍN

Por vos la tomo, que yo

soy hidalgo montañés,

y sirvo a mi dueño, que es

oro que mi fe esmaltó.

Vasallo soy de don Juan

que aqueste condado hereda,

y no habrá quien decir pueda

de los que oyéndome están

que en darle entrada en la casa

de Laura, a quien sirvo hoy,

degenero de quien soy,

porque si su amor lo abrasa

y como vos me decís

se dirige a casamiento,

loable y bueno es mi intento.

FABIO

Muy bien, Laín, argüís,

que si allá pretende entrar

es por hablar en su amor

y por pagarla mejor.

LAÍN

En fin, ¿él se ha de casar?

FABIO

Digo que sí; y esto basta

que siendo tan principal,

aunque pobre, no está mal,

siendo hermosa, noble y casta.

LAÍN

Pues en eso mi bien, fundo,

que en casamiento tan alto

de nada pienso estar falto

mientras viviere en el mundo.

Que, en fin, por mal que me vaya,
habrá banquete, habrá fiesta,
que en ocasión como ésta
las casas salen de raya.

Y cuando a medrar no venga
más que a renovar mis calzas,
porque ya de puro falsas
no hay cosa que en pie se tenga,

será muy grande mi suerte.

FABIO

Tenga esperanza mayor,

porque don Juan, mi señor,

que su obligación advierte,

os sacará de escudero

y os hará mucha merced,

esto con cuidado haced

como del vuestro lo espero.

Y ahora quedad con Dios,

que despacio nos veremos

y en vuestro bien hablaremos.

(Vase.)

LAÍN

Él mismo vaya con vos.

Yo me veo con cadena,

no es mal oficio alcahuete

si tanto medra un pobrete;

¿si será falsa; si es buena?

¿Mas si me hubiese engañado?

No, que es muy hombre de bien;

mas hoy engañan también

los que dello se han preciado.

Todo es engaño y malicia,

ya perdido el mundo está,

éste que de aquí se va

fundó su engaño en justicia.

El mercader nos engaña,

y más si vende fiado;

el tabernero que ha dado

vino, que con agua daña.

Pues el que juega? mal año!

En el dinero, en la cuenta,

si gana diez, cuenta ochenta:

muy valido está el engaño.

Las mujeres nos engañan

en la cara, en los vestidos,

que hasta los pobres maridos

en la calle las extrañan.

La otra, que es como un tizne,

con unturas, con enredos,

con sólo pasar los dedos

sale blanca como un cisne.

La otra, como un pepino,

si con zapatos la ves,

puesta en dos chapines, es
como el más gigante pino.

Y la otra que en mi camisa,
es aguja o alfiler,
caderas se viene a hacer
a puros rollos de frisa.

Yo conozco a una señora,
que Lorenza se llamaba
ayer que fregando estaba,
y es doña Laurencia ahora.

Y así, yo voy consolado,
pues ver la verdad espero
de que no seré el primero

que perro muerto le han dado.

(Vase.)

Salen DON PEDRO y MONZÓN, de noche.

DON PEDRO

Antes que vea mi casa,

a Laura tengo de ver;

¡Ay, Monzón, que desde ayer

toda el alma se me abrasa!

Y tan llena de pesares

que no me puedo alegrar,

en mi vida fui a cazar

que tuviese más azares.

Ayer, corriendo el caballo,

el freno se le rompió,

y tantos corcovos dio
que fue milagro parallo.
Si duermo, allí no reposo,
y si quiero hablar, no puedo,
de pensarlo tengo miedo
de algún gran mal receloso.
Soñé anoche que tenía
una paloma muy blanca,
a quien yo con mano franca
dos mil amores hacía.
Y que un gavilán muy fiero,
teniéndola yo en mis brazos
entre amorosos abrazos,
¡de sólo acordarme muero!
A ella se abalanzó
y quizá de envidia de ella,
y fue en vano defendella,
porque tan cerca pasó,
que con las uñas y pico
me la dejó casi muerta;
y aunque el sueño es cosa incierta,
esto a mi desdicha aplico.
MONZÓN
Pues yo no lo aplico tal,
que a un caballero cristiano
creer en un sueño vano

ni en agüeros te está mal.

¿Eres tú, Mendoza, acaso,

que si la sal se derrama,

se está aquel día en la cama

sin salir de casa un paso?

De un señor destos oí,

que estando un día a la mesa

(aun de decirlo me pesa,

que nunca agüeros creí),

y un paje con poco tiento

el salero derramó,

una daga le tiró,

pagando su poco tiento

con la vida, ¡hay tal crueldad!

Yo al paje mas bien matara

si el vino me derramara,

que es de mayor calidad.

DON PEDRO

¡Siempre has de estar tú de humor!

Deja esas vanas quimeras

y háblame una vez de veras.

MONZÓN

¡Hay más notable rigor!

Mira, Señor, que es muy tarde

porque ya darán las diez.

DON PEDRO

(Ap. Yo muero de aquesta vez;

ánimo, valor, cobarde.)

Bien dices, llama a esa puerta;
aguarda, que viene gente,
no llames, Monzón, detente;
ya fue mi sospecha cierta.

Retírate a aquesta esquina,
que no quiero que me vean;
¿sabes tú quien estos sean?

¡Gran mal el alma adivina!
(Escóndense.)
Salen DON JUAN y FABIO.
DON JUAN
¿En fin, dijo que abriría

la puerta al punto, Laín,
y que mi persona, en fin,
en su aposento pondría?
FABIO
A las diez dijo, Señor,

que viniésemos aquí,
y que él estaría allí
para que fuese mejor.
y que aquella seña hiciese,
porque él despierto estaría
y en oyéndola saldría

porque la puerta te abriese.
DON JUAN
Haz la seña, que ya es tarde,
porque el alma enamorada
(incierto de ser amada)
haga de su amor alarde.

(Hace la señal FABIO sacando la espada y dando por la puerta del vestuario; abre LAÍN, y entran.)

Salen DON PEDRO y MONZÓN de donde están escondidos.

DON PEDRO

Monzón, ¿qué es esto que veo?

que para desdicha tanta

no hay valor ni sufrimiento;

cayó muerta mi esperanza.

¿Laura, traidora?, ¿es posible?

¿No era ayer un ángel Laura?

Pues en seis días de ausencia

¿pudo haber tanta mudanza?

Ven acá; ¿abrieron la puerta

que halló seis años cerrada

mi amor, que la abrió con fe

de ser su esposo y palabra?

MONZÓN

Sí, Señor, yo la vi abrir.

DON PEDRO

Calla infame, infame calla,

que se engañaron tus ojos.

MONZÓN

Digo que durmiendo estaba.

DON PEDRO

Sí, Monzón, que sueño ha sido,

porque ya me dice el alma

que mientes tú, y miento yo,

y mienten los que la infaman;

¿no vi dos hombres entrar,

y no los viste tú?, acaba.

MONZÓN

Mira, Señor, ¿que diré?

que si digo sí, me matas,

y si digo no, también.

Digo...

DON PEDRO

¿Qué?

MONZÓN

No digo nada.

DON PEDRO

A fuera vanos contentos,

engañadas esperanzas,

locas imaginaciones,

mal entendidas palabras,

inconstante fe de un griego,

Sinón, que en fuego me abrasas,

mal empleados favores

y glorias mal empleadas,

porque si os tuve por ciertas

con mentiras me engañaba.

Y pues que así os llevo a ver,

mejor fuera que cegara;

¿Es posible que en seis días

se mudase aquella ingrata,

siendo aurora de mi amor

y de mis ojos el alba?

¿Qué tengo ya que esperar

si su hermoso sol me falta

eclipsando su luz pura?

¡Quién pensó que se eclipsara!

Contento, imaginaciones,
fuego, fe, esperanzas, ansias,
favores, glorias, mentiras,
seguridad, sol y alba,
beldad, amor, niebla oscura,
pensamientos y luz clara,
dejadme todos, pues me deja Laura,
poco puede el dolor, pues no me acaba.

León Albano, cruel,
y fiera tigre de Hircania,
basilisco ponzoñoso
que con la vista me matas,
engañoso cocodrilo
que con tu llanto me engañas;
sierpe espantosa de Libia
que me encantas con la cara;
lobo carnicero y fiero
que mi pecho despedazas;
león, tigre, basilisco,
áspid, cocodrilo, ingrata,
sierpe, lobo y todo junto,
pues que tu nobleza infamas,
matadme todos, pues me mata Laura;
poco puede el dolor, pues no me acaba.
MONZÓN
Señor, mira que te oyen

estas rejas y ventanas,

y que tu infamia publicas

y que puede ser sin causa.

DON PEDRO

Ven acá; dime, Monzón,

viste por dicha mi alma,

mas no la conocerás,

porque va muy disfrazada,

que ya perdió su hermosura,

que como era prestada

y Laura se la quitó,

negra se ha vuelto de blanca.

MONZÓN

Señor, mira lo que dices,

que ya locuras no agradan,

que como todos son locos

y quieren cosas no usadas,

y son tanto las locuras,

no gustan de que las hagas.

Vuelve a tu papel de cuerdo,

que estos señores lo mandan,

y oye, para tu consuelo:

Laura es espejo sin mancha;

no creas, ni aun lo que vieres,

que aquesto en el mundo pasa.

Puede ser que a ver entrasen

alguna falsa criada,

que como sueles entrar
por aquella puerta falsa
del jardín, ellas no quieren
que esté a sus gustos cerrada.
DON PEDRO
Déjame, Monzón, que busque

mi muerte esta noche airada.
MONZÓN
Pues también entró un criado,
y callo, pesia mi alma,
y puede tener mi pecho
muerte, fuego, indicio y rabia,
y puedo decir turbado
y con turbadas palabras,
repitiendo en altas voces,
leona, loca, gualdrapa,
dejadme y matadme, pues Inés me falta,

poco puede el dolor, pues no me acaba. (Vase.)
Salen DON JUAN y LAÍN.
LAÍN
Éste es, Señor, su aposento,

yo voy, por si Laura llama:
pisad, mi Señor, con tiento,
que ya en mi garganta siento
la venganza de su fama.
Si sabe que yo he sabido
que quedáis aquí escondido,
ya mi desdicha me advierte
que tengo cierta la muerte;

mirad si es malo el partido.

Mas cuando vea que tiene

tal dueño, y marido tal,

y que a ganar tanto viene

el premio a su dicha igual

a mi lealtad se previene.

Ahora en aquella parte

que aquella cortina parte

podéis estar escondido,

porque yo a Fabio he metido

a donde aguarde.

DON JUAN

Pues parte.

Mi cielo es este aposento,

Laín, aquí esperaré,

que tanta alegría siento

que en albricias del contento

el corazón te daré.

Salen LAURA, desnudándose, y INÉS, con una luz, que pondrá sobre un bufetillo.

Acuéstense esas criadas

que va son las once dadas;

aquesos vestidos coge,

toda esa gente recoge.

INÉS

Ya están, Señora, acostadas.

LAURA

Déjame esa luz ahí

porque me quiero acostar;

que no eran las diez creí.

No sé qué esta noche vi

que no puedo sosegar.

Quien ama está sin sosiego,

bien pintan el amor ciego;

¡Ay, don Pedro de mi vida!

A ti tengo el alma asida,

ya soy fuego, ya soy hielo.

Seis días ha que te fuiste

a caza; qué mal has hecho;

porque desde que saliste,

dejaste mi tierno pecho

sin alma, afligido y triste.

DON JUAN.

(Saliendo.)

Caminad pasos sin miedo,

pues que merecerla puedo;

ánimo, vil corazón,

que mujer en la ocasión

no está de rendirse un dedo.

LAURA

¿Qué es aquesto?, ¡santo cielo!

¡Tal traición y tal maldad!

Para tu justicia apelo;

¡que tan gran temeridad

encubra tu negro velo!

¿Quién eres, hombre, qué quieres?

DON JUAN

Quedo, Laura, no te alteres,
que el amor me tiene aquí,
y pues me ha encubierto así
¿por qué mi gloria difieres?
(Desembózase.)

Yo soy don Juan de Moncada,
que al conde, mi padre, heredo
estas tierras y estos mares;
bien sabes, Laura, si miento.

Aquesta noble ciudad
fue de sus condes asiento,
con justa causa elegida
por su nobleza y aseo.

El mar con cerúleas ondas
el pie le besa, erigiendo
altares de verdes ovas,
de espuma y plata cubiertos.

Tributo le paga el mar
desde el humilde cangrejo
a la disforme ballena,
de aquestos mares portento,
la tierra en copia abundante,
por mostrar su rendimiento,
fértil le tributa frutos
en señal de sus deseos.

En Navarra y Aragón

desean mi casamiento
sus dos hermosas infantas
que son de hermosura extremo.

El rey de Nápoles quiere,
con pareceres diversos,
que elija su bella hermana
por aumento de su reino.

Amor, que es ciega deidad
en tan distintos extremos,
no inclinó mi libertad
ni rindió mi libre pecho.

Y yo, que libre hasta entonces
hice de sus flechas juego,
mil beldades desprecie
de que ya el castigo siento.

Las fieras por estos campos,
partos destas sierras, fueron
perseguidas de mi brazo,
pagándome todas feudo.

Desde el jabalí cerdoso
al ciervo y gamo ligeros
me rindieron por despojos
sus colmillos y sus miedos.

Tal vez cansado del monte,
por más llanos hemisferios

busqué liebre fugitiva

y el tímido conejuelo.

El alta región del aire

con entretenidos vuelos

visité con mis halcones

perturbando su sosiego.

Donde remontadas garzas,

que alarde pomposo hicieron

de sus mal guardadas plumas

adorné mis camafeos.

El mar en hundosa plata,

previniendo mis deseos,

me tributó plateados

sus peces en mis anzuelos.

Que por más ostentación

ellos de platos sirvieron,

con que a mi gusto Neptuno

fue tributario perpetuo.

Los altos montes, los valles,

el aire y el mar, tuvieron

en mí ofensas de sus hijos

gran número en largo tiempo.

Con estas cosas pasaba

con este entretenimiento

contenta vida. ¡Ay de mí!

¡Qué poco dura el contento!

Hasta que por mi ventura

miré tus ojos serenos,

espejos donde miré

el alma que ya te ofrezco.

Aún no sé si me miraron,

que a mi libertad sirvieron

de venablos y de arpones

y de amorosos anzuelos.

Vengó el monte, el llano, el aire,

y vengó el mar en mi pecho

con sólo tus bellos ojos

los hijos que allí perdieron.

Y Cupido vengó injurias

que sus soberbias le hicieron,

humillando a tu deidad

mis soberbios pensamientos.

Con ellos te ofrezco un alma,

y de ser tu esposo ofrezco

la fe y palabra, que hoy

se la niego a tantos reinos.

Mira, pues, lo que me debes,

y mira si salir puedo

de aquí sin el sí dichoso,

premio a amorosos deseos.

Tú hermosa, yo enamorado,

y solos en tu aposento,

necio seré si dejare

la ocasión de los cabellos.

LAURA

Don Juan, atenta te oí,

y no sé de qué te quejas;

mal satisfecha me dejás

si tan desgraciada fui.

Si dices que a amar mis prendas

un puro amor te obligó,

¿di qué causa he dado yo

para que mi honor ofendas?

Nobleza tu pecho anima,

y no es posible que hagas

cosa en que no satisfagas

a lo que el mundo te estima.

Y si aquí tu amor es loco,

harelo muy cuerdo yo,

porque el honor me enseñó

a tener la vida en poco.

Con medios tan desiguales

más fácil será juntar

la tierra, el cielo y la mar

en paralelos iguales,

que no estimar yo locuras

de amor con íntimos medios,
y con tan torpes remedios
aficiones mal seguras.

Áspides, brasas y espadas
mi casto pecho me ofrece,
que más el amor merece
en mí que no en las pasadas;

cristiano valor me obliga,
no bárbaro, como a ellas:

Mi valor ha de vencellas
en tan honrada fatiga.

Si algún amor me tuviste,
muéstralo, don Juan, en ser
comedido con mujer
a quien dices que quisiste.

Que vencimiento mayor
será, y de alabanza abismo,
vencerte honrado a ti mismo
que infame perder mi honor.

Yo me tengo de casar,
más honrada, con un hombre
nada inferior a tu nombre,
o la muerte me has de dar.

Ya que con vil proceder
solicitaste mi muerte,

mi resolución advierte,

he de morir o vencer.

Que mujer determinada

en tanto desasosiego,

es infierno, es rabia, es fuego

para su defensa armada.

Y es coger el viento vano

y poner al campo puerta

creer que aun después de muerta

puedas tomarme una mano.

DON JUAN

Mira que remedio espero

y que en tu hielo me abraso.

LAURA

Desvía, detén el paso,

alevoso caballero.

DON JUAN.

Si ves, Laura, lo que ganas,

y que yo la vida pierdo,

que del vivir no me acuerdo

y que son tus fuerzas vanas,

¿por qué niegas a mi dicha

lo que por ella gané?

Hoy tu marido seré,

aunque pese a la desdicha.

(Llega a abrazarla.)

LAURA

¡Cielos, que aquesto sufrís

¡Cielos, que aquesto miráis!

¡Cielos, y no me matáis

y vivir me consentís!

DON JUAN

Que sirven tantos lamentos

a duras orejas, Laura,

pues tu honor no se restaura

con levantados acentos.

Que dar voces tan crecidas

no pueden aprovechar,

sino sólo publicar

infamias de amor nacidas.

Calla, pues.

LAURA

Fiero, tirano,

antes que adelante pases,

para que vivo te abrases

tengo un rayo en cada mano.

Antes muerta me verás

que a tu infame amor rendida.

Yo seré de mí homicida

y así no me gozarás.

Los volcanes sicilianos

llevo en el alma y el pecho,

¡mira si en tanto despecho

no son tus intentos vanos!

Que el honor que me provoca

contra tu apetito ciego,

arroja en ardiente fuego

un incendio por la boca.

DON JUAN

Ya es por demás advertirme;

por fuerza te he de gozar.

LAURA

Primero me has de matar,

que mi honor es roca firme.

¡Cielo santo, socorredme!

Inés, Lucrecia, Leonor,

que me mata este traidor;

¡Casto honor, favorecedme!

¿No me oye nadie?, ¡ay de mí!

DON JUAN

Yo te oigo, que te adoro.

(Éntranse forcejeando.)

Salen INÉS, medio desnuda, y LAÍN.

INÉS

Alguna desdicha lloro.

LAÍN

Si lo saben, muerto fui.

DON JUAN

(Dentro.)

¿Eres infierno o mujer?

LAURA

Cielo, tu remedio espero,

si tu poder considero

no me dejaré vencer.

INÉS

Laín, esa puerta rompe.

LAÍN

Qué diablos he de romper,

si no me puedo tener

del miedo, que me corrompe.

LAÍN

(Dentro.)

No soy mujer, sino furia

a quien quisiste quitar

el honor, para robar

prenda que hasta el alma injuria.

(Suenan dentro golpes en las tablas.)

INÉS

En uno de los balcones

del aposento escondido

de Laura, siento ruido;

recelo nuevas traiciones;

vamos a verlo, Laín. (Vase)

LAÍN

Hoy me pringan como a negro

y a los muchachos alegre,

hoy mi vida tiene fin.

«Yo me veo con cadena,

no es mal oficio alcahuete

si tanto medra un pobrete,

si será falsa? si es buena?»

Ahora me lo dirán

que me sajan puesto en cueros

¿Pondré que los mosqueteros

pidiendo mi muerte están? (Vase.)

Salen DON JUAN y DON PEDRO, abrazados, con las espadas desnudas rodando por el

tablado; desátese DON PEDRO y levántase; prueba DON JUAN y no puede, que estará

herido; hace fuerza con la espada para levantarse; quiérela acabar de matar DON

PEDRO, y dice afirmando la espada en el suelo:

DON JUAN

Muerto soy, hombre, detente,

que soy don Juan de Moncada

y espada que es tan honrada

no es justo vileza intente.
Salen INÉS y LAÍN, como antes, con una hacha.

INÉS

No te altere, no te asombre.

DON PEDRO (Ap.)

¡Cielos, qué podré yo hacer!

Cuando muerto vengo a ver

por mi propia mano un hombre

que es mi natural señor.

Sale MONZÓN todo alborotado con la espada desnuda, y DON PEDRO llega al herido y lo sustenta.

MONZÓN

No me aguardó aquel gallina

que yo le hiciera cecina,

fuese con alas de azor.

DON PEDRO

Calla, Monzón.

MONZÓN

¿Qué es que calle?

Cuando con él me dejaste

por la pared que saltaste

se echó de un salto a la calle.

DON JUAN

Ya, don Pedro de Cardona,

que muero tan justamente

será razón que te cuente

lo que tu valor abona:

Mi nobleza te perdona

las heridas que me has dado,

porque he sido yo el culpado

en querer con torpes medios

buscar al amor remedios

que así me tuvo abrasado.
No supe yo que tenía
su afición Laura fiada
de una espada tan honrada,
más dichosa que la mía;
ser su esposo la ofrecía
y ser mi esposa no quiso,
tan grande desdén me hizo
hacer tan grande locura;
la causa fue su hermosura
que fue de mi alma hechizo.
Si Laura a mí me dijera
que a ti te tenía amor,
no intentara tal furor
sabiendo que tuya era;
nuestra amistad verdadera
abona este noble intento,
perdona mi atrevimiento,
que fui necio en no pensar
que no la pudo obligar
sí tu noble nacimiento.
¡A ella pido perdone
las ofensas del amor
que hizo el ciego furor
puesto que el amor lo abone,

que no es justo que blasone
de haber rendido a un rendido,
y pues que muero atrevido,
muera también consolado
de que muriendo he ganado
lo que viviendo he perdido.

El Conde, mi padre, viejo,
con el amor que me tiene,
a tu garganta previene
(fuerza es no admita consejo
viendo así roto su espejo)
el cuchillo o el cordel;
huye, pues, don Pedro, dél
que el dolor del corazón
sin medirse a la razón

siempre se mostró cruel.
(Mételo LAÍN.)

MONZÓN

¡Señor, qué hacemos aquí?

Vive Dios, que es linda flema,
que estés mirando de tema
a Laura, que no está en sí.

¿Y ella qué me dice a mí?

no ha sido casi Lucrecia?

No, que tanto el vivir precia,

que sin ver puñal ni espada

no se matara gozada

ni se defendiera necia.

DON PEDRO

¿Laura, qué es esto que veo?

¿Laura, qué es esto que miro?

Si miro a don Juan, admiro

en él tan torpe deseo;

si veo su buen empleo

envidio resolución

que pudo hacerlo Faetón

del sol con un mismo fin,

pues murió como él, en fin,

por más gloriosa ocasión.

Hoy mi vida infausta ve

dudar de su cierta muerte;

el temor allí me advierte

y el amor me advierte aquí,

y no sé si aquí o allí

acuda, Laura, primero;

si me estoy, la muerte espero,

que el Conde me la ha de dar,

si me voy, me he de matar,

que vivir sin ti no quiero.

Y guerra tan desigual

y tan dudosa batalla,

viene el amor a acaballa

eligiendo el menor mal.

No tiene el temor igual
con el amor si se advierte,
y tengo por mejor suerte,
aunque pudiera vivir,
verte, mi Laura, y morir,

que no vivir y no verte.

LAURA

Don Pedro del alma,

que sin ti no vive,

combatir me veo

de Scila y Caribdis.

Mi muerta esperanza

su daño publique,

y hagan sus obsequias

mis lágrimas tristes.

Si te ausentas muero,

si te quedas, triste

lloro ya tu muerte.

¡Qué mal tan terrible!

Muera yo, don Pedro,

que el amor me dice

mi vida desprecie

y la tuya estime.

Huye; mas no huyas,

que veo al partirme

partírseme el alma

que en verte consiste.

¿Mas cómo te tengo

y no dejo irte,

si porque te quedas

tu fin apercibes?

Pues irte y quedarte

es un imposible,

y también lo es

vivir yo y partirte.

Ni vayas ni quedes,

y será posible

si miras que puedo

yo mi bien, seguirte.

Contigo me lleva,

tengamos felices

una misma suerte

si un mal nos aflige.

si fuere contraria

será menos firme,

que el mal repartido

es menos terrible.

Si fuere propicia

será más sublime,

bien comunicado

bienes apercibe,

a remotos reinos
puedo yo seguirte,
que el amor allana
montes de imposibles.
Si dejarme quieres
mil males me oprimen,
que como culpada
querrán perseguirme.
Y estando tú ausente
son menos sufribles
los pequeños males
las penas humildes.
Al rey don Alonso
de Aragón, insigne,
pues su sangre tengo,
iré yo a pedirle
cartas para el Conde,
que si el Rey le escribe
libre te veré
de quien te persigue.
Vámonos, Señor.
Pues estamos libres,
que si aquí te prenden
moriré infelice.
Más vale que en Francia

tu valor publiques,
o en Nápoles bella
una lanza vibres,
que no en Barcelona
en peligros viles
de prisión o muerte

quedes tan a pique.
DON PEDRO
Tu parecer, Laura, apruebo,
que llevándote conmigo
toda mi pena mitigo,
pues toda un gloria llevo.

Que si amor me tiene ciego,
el peligro de perderte
ya menosprecia la muerte,
y por verte a ti vivir
quiero más infame huir

que no valiente no verte,
(Vanse.)
MONZÓN
¿ha de haber también endechas?

Que las aguarde un cartujo.
INÉS
El diablo aquí a ti te trujo,

siempre traes palabras hechas.
MONZÓN
¡Que tenga ahora deshechas

yo las galas de soldado!

Por Dios, que, soy desgraciado,

que merece mi persona

no tan infausta fregona.

INÉS

Bien dices, un obispado.

MONZÓN

¿He sido alcahuete yo?

Porque yo no metí en casa

a quien puede, siendo brasa,

quemar la estopa que vio,

aunque muy bien lo pagó.

INÉS

¿Y lo metí yo por dicha?

MONZÓN

¿Pues quién lo metió?

INÉS

La dicha

hermosura que has mirado,

porque siempre se han juntado

la Hermosura y la Desdicha.

Jornada segunda

Salen EL REY, LA INFANTA, su hermana, y ACOMPAÑAMIENTO.

REY

Esto me escribe el conde, hermana bella,

y me parece empleo conveniente

a tu estado y tu edad, y igual a ella

don Juan, su hijo, que en los años veinte

muestras ha dado con que aquí atropella

de no hacerlo, cualquiera inconveniente,

fía, pues, hoy de mí tu estado y gusto,

que soy tu hermano y desearlo es justo.

Don Juan es mozo y único heredero
de Barcelona, y mozo en quien se miran
partes de quien aumentos mil espero,
de quien vicios de mozo se retiran;
de príncipes cristianos el primero,
es que a tu casamiento, hermana, aspiran;
muy discreto, cortés, grave, brioso;
es a caballo fuerte, es a pie airoso.

Y aunque estas dignas prendas y otras tiene,
no quiero responder al viejo conde
sin ver tu voluntad, que ya previene
lo que tanto a tu aumento corresponde;
que en tales casos bien sé que conviene
el gusto más que cuanto el mundo esconde,
que casarse con gusto hasta en los reyes
hace de amor suave el yugo y leyes.

INFANTA

Hermano, rey, Señor, hónrame tanto
tu alteza, a quien estoy tan obligada
por lo mucho que debo, que me espanto
que acabe yo conmigo esta jornada;
mezclaré la alegría con el llanto
en verme de esta casa enajenada,
porque no hay para mi mayor riqueza
que en Nápoles vivir con vuestra alteza.

Lo mucho que mi amor hoy debe, pago

con el amor, hermano que en mí vive,
con que en parte, no en todo, satisfago
del caudal pobre que mi amor recibe;
de querer sólo tengo hoy el amago,
y pues que aqueste amor no lo prohíbe,
tu alteza al conde escriba, que yo digo,
que soy tu hermana y que tu gusto sigo.

REY

No menos de tu ingenio soberano

y de nobles virtudes que en ti veo

esperé, bella hermana, y en mi mano

quisiera el mundo ver para trofeo

que rendir a tus pies, y fuera vano

don a lo mucho, hermana, que deseo.

INFANTA

Guarde Dios a tu alteza, a quien yo vea

Rey de cuanto el sol gira, el mar rodea.

REY

Yo voy a despachar a España al punto,

y al conde responder de Barcelona,

Pues le doy en un sí, bello trasunto

de Venus, de Minerva y de Belona;

llore Nápoles hoy, pues perdió junto

lo que pudo perder en tu persona;

haga fiestas España, pues que gana

hermosura tan noble y soberana.

(Vase.)

INFANTA

Si no se vende bien por todo el oro

la libertad preciosa que poseo

¿Cómo a su estimación consigo empleo,

y a mi valor tan mal guardo el decoro?

¿No es gran bajeza que tan gran tesoro

por sólo el nombre entregue al que no veo,

y extraño esposo engañe mi deseo,

que nunca conocí y ausente ignoro?

¡Bárbaro acuerdo, con color de honesto,

pues vida y honra de una sombra fío,

nevia resolución, concierto injusto!

¡Mas cielos, qué he de hacer, si doy con esto

corona a mi cabeza, hermano al mío,

a Italia nuevo rey, al reino gusto!

Sale DON PEDRO, medio desnudo, y mojada la cabeza como que escapa de alguna tormenta.

DON PEDRO

¡Valedme, cielos, ay, fortuna airada!

Después de tal desdicha y tal tormenta,

y ya a la vista de la tierra amada,

¡que quedase yo vivo en tal afrenta

y que pise la cumbre cristalina

el alma que me anima y me sustenta!

¿Dónde estás, Laura hermosa y peregrina?

Laura, que de mi alma un tiempo fuiste

laurel de Apolo y Dafne más divina,

si algún amor viviendo me tuviste,

muéstralo en destruir la ingrata vid

que digna de vivir un tiempo viste;

o yo seré forzado mi homicida

o la pena lo es ya de verte muerta:

Pues quedé casi muerto en tu partida,
el bien dudoso y la esperanza incierta,
pues esperar no puedo bien ninguno,
hoy de mi amor es la desdicha cierta.

Al mar quiero volver, porque Neptuno
restituya deidades a mi alma,
que sin Laura no tiene bien alguno;
de la mayor victoria goce palma,
que entre tantos naufragios no me queda
sino la vida muerta, el bien en calma;
faltó quien consolar mi vida pueda,
y pues faltó la luz, sobren tinieblas,

cubran mi muerta vida oscuras nieblas.

Vase a entrar, y por la misma parte sale LUCINDO, viejo, que lo detiene.

LUCINDO

Detén, joven, el paso, que te lleva

a acabar sin valor la vida amada,
que no hay dolor que a tal rigor te mueva,
que si tu hermosa luz viste eclipsada,
o es gusto que le falte a tu nobleza
el ser valiente, de que fue dotada;
que morir sin valor es gran bajeza,
y dejarse vencer de la fortuna
es faltar al valor la fortaleza;

el cielo te dará más oportuna
ocasión de quejarte de mí ahora,
si en tu pesar me alcanza parte alguna;
¿qué mal tu triste suerte infausta llora?
¿Qué causa a tal lugar te ha conducido?
¿De dónde vienes?, que mi amor lo ignora,
tus lastimosas quejas causa han sido
de que mi albergue rústico dejase
de tu dolor y pena enternecido,
y pues el cielo quiso que te hallase
en este monte, habitación de fieras,
me obligó tu desdicha a que te amase;
como servirte de mi albergue quieras,
en él con voluntad serás servido

con poco fausto, mas con muchas veras,
DON PEDRO
padre, si mis desdichas me han traído

a ver tu rostro, ya me alegra el verte

aunque de lo pasado esté afligido.

LUCINDO

Hijo, sigue mis pasos, que a la muerte

caminan presurosos, que en mi cueva

más consuelo tendrá tu adversa suerte

en que el valor del ánimo se prueba.

DON PEDRO

Vamos, padre, que allí sabrás mi historia,

verdugo de mi vida en mi memoria.

(Vanse.)

Salen **DON JUAN** y **FABIO**, criado.

FABIO

Bien pareciera, Señor,
que en esta noble ciudad
que te tiene tanto amor.
De aquel traidor la maldad
castigaras con rigor.
Si como infame no huyera
y tan apriesa se fuera.
DON JUAN
Yo sé que no derramara
don Pedro mi sangre clara
si supiera de quién era.
Y así de traidor el nombre,
Fabio, en rigor no merece,
que me hirió con valor de hombre
y de que huyendo se fuese
tampoco, Fabio, te asombre.
Sin conocerme me hirió,
conociéndome huyó,
y así se deja entender
que en su noble proceder
valor y lealtad se vio.
Valor en poderme herir
valiente y determinado,
y la lealtad en huir,
porque a mi padre enojado
no pudiera resistir.

Sólo fue traición llevarme
a Laura, y así dejarme
muerto y vivo, que en rigor
sólo de Laura el amor
puede, Fabio, consolarme.

Ay, Laura, qué mal has hecho
en no pagar mi verdad,
que me dejaste en el pecho
la imagen de tu beldad
y en tu firme amor deshecho.

¿Qué haré, Fabio, que me muero?

Si por estrella la quiero
con tal fuerza de estrella,
que en sólo verme sin ella
de la vida desespero;
¿de qué me sirven Estados,
valor, gracia y gentileza,
si mis deseos burlados
los miro de una belleza
sin jamás verlos pagados?

¿Que haré, di, en desdicha tal?

FABIO

Divertir, Señor, tu mal,

olvidar un imposible.

DON JUAN

¿Cómo puede ser posible?

Porque es mi amor inmortal.

FABIO

Muy bien: pensando defetos,
que la más bella mujer,
si adviertes, en sus efetos
hallarás que viene a ser,
como dicen los discretos,
fácil, mudable, liviana,
antojadiza y tirana,
causa de infinitos males,
mira si con causas tales
no fue tu esperanza vana;
si Laura, tan bien nacida,
tan hermosa y tan discreta
te pudo costar la vida,
y hermosura tan perfeta
pudo ser bella homicida.

¿Qué tienes ya que esperar?

Prueba, Señor, a olvidar.
DON JUAN
Intentas, Fabio, mi muerte,

que contenta con su suerte

no puede a Laura dejar.

FABIO

¿Quieres olvidarla?

DON JUAN

No.

FABIO

¿Pues qué quieres?

DON JUAN

Ver a Laura,

FABIO

¿Quién puede buscarla?

DON JUAN

Yo,

que de su hermosura el aura

a su luz mi amor guió.

FABIO

¿Dónde has de hallarla?

DON JUAN

En mi pecho

FABIO

morirás con tal despecho.

DON JUAN

Viviré con dicha tal.

FABIO

Ya es incurable tu mal.

DON JUAN

Inmortal, Laura me ha hecho.

FABIO

¿Cómo puede a ti quererte

si a don Pedro quiere bien?

DON JUAN

Repara, Fabio, y advierte,

que del amor y el desdén

nació mi enemiga suerte;

el amor crece con celos,

son de amor sutiles velos.

FABIO

Sí, pero no averiguados,

que estando tan declarados

se convierten en desvelos.

Un clavo saca otro clavo,

saque un amor otro amor,

y pues que tu ingenio alabo,

no quieras con tal rigor

siendo libre hacerte esclavo.

Prueba a amar otra hermosura,

que tu valor me asegura,
que ha de ser muy bien pagado
que más de dos te han mirado
epílogos de hermosura.
DON JUAN
No hay beldad que me contente,

Fabio, si digo verdad,
ni mi firme amor consiente

que me incline a otra beldad.
FABIO
¿No ves que está Laura ausente?
DON JUAN
Dentro de mi pecho está,

si allí voy, conmigo va,
si como hermosa la miro,
y si duermo, allí suspiro,

ya despierte o duerma ya.
FABIO
Divierte, Señor, tu pena

haciendo alguna jornada,
pues tiene la fama llena
a Europa de la extremada
hermosura de Sirena;
Sirena del mar ha sido
en la tierra que ha vivido,
Sirena, la infanta hermosa
de Nápoles, que amorosa
muerte en todos ha esparcido.

Disfrazado y encubierto

a Nápoles puedes ir,
y ten, mi Señor, por cierto,
que en la gloria del partir
está tu bien encubierto.

De secreto puedes verla,
pues llegas a merecerla,
si hace que a Laura olvides,
tu valor y tu amor mides
sin temores de perderla.

Que el Rey, su hermano, desea
que este casamiento hagas,
y antes, Señor, que te vea
es bien que te satisfagas;
puede ser que tu bien sea.

Deja a Barcelona, pues
que acabar tu vida ves;
a Italia vamos, Señor,
vea el mundo tu valor
que gloria del mundo es.

DON JUAN
No puedo, Fabio, dejar
de ver la casa y la calle
de Laura, y de suspirar
por aquel airoso talle,
por demás es porfiar.

Si fuera la Infanta hermosa

más que el clavel y la rosa,

no puedo, Fabio, quererla

con esto para perderla

no quiero verla quejosa.

FABIO

Por ver a Italia, Señor,

has de hacer esta jornada;

hazme a mí tanto favor,

que tener tu vida en nada

es mostrar tanto rigor.

Tu vida consiste en ella,

porque es es la Infanta tan bella,

que en llegándola a mirar

luego a Laura has de olvidar;

tu vida consiste en vella.

DON JUAN

¿Qué, tan hermosa es la Infanta?

FABIO

Tanto, que es del mundo espanto:

desde el cabello a la planta

es un milagroso encanto,

que no hay alma que no encanta.

Es de los montes Diana

la bella napolitana,

Atalanta en ligereza,

es Palas en la braveza,

de fieras y almas tirana.

Parece que se extrentó

naturaleza en hacella,
y que su poder mostró
porque la hizo tan bella
que de verla se admiró.
DON JUAN
Tanto me la has alabado
que casi deseo verla,
mas no digo enamorado,
que no puedo amor tenerla
sin que la haya mirado.

La fama nunca enamora,
miente quien ausente llora
si ya aficiona la fama,
que la fama de la dama
es la que el discreto adora.

Por ti la tengo de ver,
disfrazado tengo de ir;
¡si pudiese esta mujer

mi injusto amor divertir!
FABIO
Todo, Señor, puede ser.
DON JUAN
Prevén, Fabio, mi partida;

¡ay, Laura, tuya es mi vida!
FABIO
Deja ya, Señor, a Laura,
que tu vida se restaura

si aquí la he visto perdida.
DON JUAN
Por tierra tengo de ir.
FABIO

¿Cuándo te quieres partir?

DON JUAN

Esta noche y con secreto.

FABIO

Hasta en eso eres discreto:

Voy, Señor, a prevenir.

DON JUAN

Postas tengo de tornar

y he de ir a la ligera,

¿mas si me fuese a casar,

que así mi sosiego altera

la que no puedo obligar?

¡Ay, Laura!, tuyo seré

mucho debes a mi fe;

suspende, Fabio, la ida.

FABIO

Advierte que está tu vida

en la ausencia.

DON JUAN

No me iré.

FABIO

¿Cómo no miras, Señor,

que te importa esta jornada

divertir tanto dolor?

Si fue Laura de ti amada

la Infanta será mejor;

que si allí la Infanta tiene

la perfección que previene

la fama, y a Laura olvidas,

las esperanzas perdidas

ganas; esto te conviene.

A tu padre escribirás
que efectúe el casamiento,
y en Nápoles te hallarás,
que yo de su gusto siento
que mil gustos le darás.

Porque él al Rey escribió

y yo sé que respondió

muy bien el Rey; esto es justo.

DON JUAN

Quiero, Fabio, hacer tu gusto.

FABIO

Tu salud se recobró.

Voy, pues, a tomar caballos,

no te arrepientas, Señor,

por la posta he de ensillallos

al fin premiaste mi amor,

al sol quisiera quitallos.

DON JUAN

Vamos, pues, Fabio, a buscar

quien pueda mi mal curar.

FABIO

Vamos, Señor, que yo espero

verte sano a ti primero

que ver sosegado el mar.

(Vanse.)

Sale DON PEDRO, vestido de pieles de animales, con un bastón.

DON PEDRO

Montes, que con piadosas,

aunque duras entrañas, me acogistes

cuando entre las furiosas

olas del mar cruel favor me distes

de verme enternecido,
pues albergue me dais, prestadme oídos.

Inclemencias mayores
que en el soberbio mar para matarme
hallo en vuestros favores,
que el mar sólo una vez quiso acabarme,
y con muerte más fiera
queréis que con vivir mil veces muera.

Y así montes, en tanto
que ablando vuestras peñas con mis quejas,
no quiero que a mi llanto,
pues muerte no me dais prestéis orejas,
ni vuestros riscos huecos
respondan a mi voz con tristes ecos.

Quejarme quiero al viento,
mas fue de mi dolor su soplo airado
enemigo instrumento,
haciendo con su furia al mar hinchado
riguroso homicida,
ya oscura tumba de mi muerta vida.

Pues los fieros testigos
de la pena y dolor que me maltratan
también son enemigos,
pues huyen de mi vida y no me matan,
dividiendo inclementes

mis tristes miembros con voraces dientes.
¡Esferas celestiales
que con ojos de luz, argos de estrellas,
mirando estáis mis males,
si ya mi Laura hermosa es una de ellas,
contadle mis enojos,
que lengua y voz tendréis, pues tenéis ojos!
Decidle al sol hermoso
que ilustra con su luz y vuestros zafiros,
de su infelice esposo
la pena, el ansia, el llanto y los suspiros
con que en este horizonte
lastimo el valle y enternezco el monte.
Decidle, que sus riscos
serán de mis cenizas con mi muerte
funestos obeliscos,
donde con mi dichosa y dulce suerte
muestren siempre por señas
mi mal logrado amor las duras peñas.
Mas ay, dejadla, cielo,
no le contéis mi mal, que el dolor grave
faltando este consuelo
podrá ser que mi vida en breve acabe,
y vaya Laura a veros
bordar cristales y dorar luceros.

Allí suena ruido,
si es algún animal de estas montañas,
que de piedad movido,
viene a darme sepulcro en sus entrañas,
salirle quiero al paso

porque mitigue el fuego en que me abraso.

Va DON PEDRO a subir por un monte que estará hecho en el teatro, y al mismo tiempo que sube, viene la vuelta de abajo rodando MONZÓN, con un pan ensangrentado en las manos, y la cara llena de sangre, que vendrá herido.

DON PEDRO

¡Válgame el cielo divino!

¡Ya está muerto, hay tal maldad!

¿Quién vio mayor crueldad?

Algún gran mal adivino.

¿Qué hombre es éste que veo?

¿Qué desdicha o desventura

lo ha dejado en la figura

que yo para mí deseo?

Que a éste la muerte halle?

Mas con esto se me advierte

que quiere mi adversa suerte

que muriendo viva y calle.

Remedio quisiera dar

al que mi mal acompaña,

y no sé tan justa hazaña

cómo pueda ejecutar.

Porque si a la cueva voy

a llamar el viejo santo,

muriéndose aquí entre tanto

menos remedio le doy.

Impedir será mejor

la sangre que salir veo,

que está desmayado, y creo

me dará el cielo favor.

(Llega a apretarle la cabeza, y vuelve MONZÓN en sí muy despavorido.)

MONZÓN

¡Jesús, no me mates, hombre,

si eres cristiano, detente,

que no es justo que se intente

hazaña que al mundo asombre!

Ya estoy muerto, ¿qué me quieres?

No me acalles de matar.

DON PEDRO

Ya empieza el alma a dudar;

dime, pues, hombre, ¿quién eres?

MONZÓN

Soy un hombre desgraciado

de tierras muy apartadas,

que aquí me han muerto a pedradas

porque el sustento he buscado.

¡Mas ay, Dios!, ¿eres visión?

¡Válganme diez letanías!

Dime pues lo que querías

si importa a tu salvación.

¿Eres espíritu acaso?

DON PEDRO

¿Qué tienes, hombre?, ¿qué huyes?

¿Por qué de verme rehuyes!

Aguarda, detén el paso.

MONZÓN

Si en el Purgatorio estás

y algunas misas querías,

hoy todas las prendas mías

son seis pedradas no más.

Mira si es mala moneda.

DON PEDRO

¡Dios me valga!; ¿es ilusión

o alguna nueva invención

de mi amor?, para tu rueda,

fortuna airada conmigo;

¿eres Monzón?, ¡hay tal caso!

Las desventuras que paso

hoy contigo las mitigo.

MONZÓN

Señor, ¿que vivo te he visto

y no me acaba el placer?

Pues vivo te llego a ver,

ya estoy bueno, vive Cristo.

Ya mis heridas son nada,

átamelas fuertemente,

que con el gusto presente

la pena olvido pasada.

DON PEDRO

Sólo estabas aturdido,

¿ya no te sientes mejor?

MONZÓN

Ya yo estoy bueno, Señor,

pues que verte he merecido.

¿Escapó Laura del mar?

DON PEDRO

¡Ay, Monzón, que si escapara

mi vida no se acabara!

MONZÓN

Ponte de espacio a llorar.

¿Así tu valor afrentas?

Divierte tanto dolor,

que te morirás, Señor,

con que acabaremos cuentas.

Diviértate, pues, mi historia

y verás lo que he pasado,

que porque estés consolado

te la quiero hacer notoria.

Ya te acuerdas, don Pedro, que salimos

la oscura noche triste y desgraciada

que mataste a don Juan, y que estuvimos

escondidos tres días ¡suerte airada!;

después a Barcelona nos volvimos

los dos, y Laura hermosa y desdichada;

y en un navío que nos dio pasaje

a Nápoles hicimos el viaje.

Asaltonos con furia una tormenta

resistiendo valientes con los brazos,

que fueron de su furia noble afrenta;

roto el árbol, la entena hecha pedazos,

la popa dejó el viento casi exenta
rompiendo jarcias, gúmenas, y lazos,
cuando rendidos descubrimos tierra
haciéndonos el viento mayor guerra.
Cuando un golpe de mar terrible y fiero
embistiendo el navío por la popa
el timón rompe con siniestro agujero,
habiéndolo alijado de la popa;
yo dije entonces, en el agua muero,
(más alegre muriera en una copa);
dos barriles cogí, y atados juntos
al agua me arrojé entre mil difuntos.
Mil veces la cabeza me cubría,
y siempre a mis barriles agarrado,
y tal vez las estrellas descubría
y otras el centro vi del mar salado;
ya la muerte los ojos me cubría
y habiendo el ciclo a voces invocado,
a tierra el mismo mar me arroja y saca
a pesar del rigor de la resaca.
Nadé en la arena enjuta largo trecho
temiendo triste que en la mar nadaba,
y otro golpe de mar a mi despecho
vivo en la rubia arena me enterraba:
Toqué la tierra y dije, aquesto es hecho,

cuando con tardos pies me levantaba,
turbado el monte miro absorto y quedo,
que el mar no osé mirar de puro miedo.
Miré desierta tierra, y no vi alguna
donde albergar la vida mareada,
ni veo casa, ni señal ninguna
de hallar remedio ni de hallar morada;
penetro el monte oculto a la fortuna
dejando mi remedio (¡oh suerte airada!)
que del trabajo y hambre, intento en vano
subir al alto monte, y vuelvo al llano.
Cierra la noche oscura, horrible y fiera
cerrando a mi ventura su remedio,
y yo como si bronce o mármol fuera,
puesto de mil desdichas en el medio,
inmóvil me quedé y inmóvil era;
para poder vivir no hallaba medio,
hasta que en lo más llano una luz veo
que allí parece la encendió el deseo.
Alenté con la luz la muerta vida
fiando mi remedio en su luz poca,
apresurando entonces mi partida
por descansar del mal que me provoca;
con gran trabajo, y ya casi perdida
la vida que en la muerte airada toca,

llego cerca de un hato de pastores
que era donde la luz mostró esplendores.
Sienten los perros, a mi dicha atentos,
mis tristes pasos y a ladrar me salen,
los pastores dejando sus asientos
de las piedras y palos que hay se valen,
por fiera me tuvieron sus intentos,
no es mucho que por fiera me señalen,
pues si la noche oscura no me ampara
la vida entre sus manos peligrara.
Ocultome un ribazo entre unas peñas
debilitado y muerto aquella noche,
hasta que el alba con lucidas señas
del sol me dijo que asomaba el coche;
acecho los pastores de unas breñas
y cuando a su cortina quita el broche
sacan ellos del hato su ganado;
unos guían al monte, otros al prado.
Quítome los vestidos, y en un punto
en carnes, por no ser de alguno visto,
a cuatro pies camino ya difunto,
adonde el hato había entonces visto:
llegó el remedio a la desdicha junto,
y con la misma furia el pan embisto
que el lobo más voraz suele al cordero,

que de sólo comer la vida espero.
Así la vida mísera pasaba
hasta hallar ocasión de descubrirme
por si mi mal algún remedio hallaba
con que poder después de allí partirme;
ya cabritos, ya cabras les robaba;
mas la fortuna instable y nunca firme,
con mil villanos en confusa turba
mi sosiego esta tarde altera y turba.
Siguiéronme con palos y con hondas
por este monte, que escapar fue dicha
pasé mil riscos, mil cavernas hondas
siguiéndome enemiga la desdicha;
el enemigo mar con fieras ondas,
la amiga tierra con la ofensa dicha,
y cuando me imagino preso o muerto
me da en tus manos mi naufragio puerto.
DON PEDRO
Tu historia, Monzón, oí,
y aunque me deja admirado,
en tu desdicha he mirado
lo mismo que he visto en mí.
Yo por el mismo camino
a la tierra al fin llegué,
donde apenas puse el pie
cuando mi muerte imagino.

Busco a Laura, y no la veo,

y quiero volver al mar

y no pudiéndola hallar

en el mar, morir deseo.

Cuando a ejecutarlo voy

un viejo con rostro amable

me detiene venerable;

con él he estado hasta hoy.

Mil veces por la ribera

me halló el sol llamando a Laura,

y con negarme mi aura

quiere que viviendo muera.

Con este desasosiego

viví sin ella y sin mí,

y este traje me vestí

y en mis lágrimas me anego.

Propuse de no salir

destos montes en mi vida,

que Laura lo fue, y perdida,

la mejor vida es morir.

Con tan extraño rigor

aquí viviré muriendo,

corta vida, a lo que entiendo,

de mi amor y mi dolor,

que no merece tener

mejor vida un desdichado,
vida que muerte me ha dado

estos montes han de ver.

Aquesta cueva he vivido
de Lucindo acompañado;

en ella serás curado

del daño que has recibido.
MONZÓN
Muy bien menester lo he,

Señor, porque vengo muerto,
que de un pastor el acierto
causa de mi muerte fue.

Con honda un pastor tirano,
como con una escopeta,
¡así dos guijarros meta

en la cholla de un cristiano!
DON PEDRO
Monzón, de tu mal pasado

ya llegas donde descanses.
MONZÓN
Por Dios que a muy pocos lances

quedará Monzón medrado.
(Vanse.)
Sale LAURA, vestida de villana.

LAURA
Pues tan distante estoy de los pastores

que escucharme no pueden ni yo vellos;

quiero contar mis penas y dolores

a quien hizo fortuna ocasión dellos;

salga mi pena oculta,

que en el mudo silencio amor sepulta.
Suba mi triste acento y rompa el orbe,
llegue mi ronca voz a sus oídos;
mas temo que su curso el viento estorbe,
que siempre un desdichado a sus gemidos
tiene por más tormento
los cielos de metal, de bronce el viento.
Pero sale mi voz contra su muro
con tanto fuego de mi ardiente pecho,
que el más denso metal, y bronce duro
sus vivos rayos dejarán deshecho;
que bien podrán mis males
si ablandan montes, derretir metales.
¡Alma gloriosa, que en escaños de oro
(que alegre ocupas) con dichosas plantas,
pisando el claustro del eterno coro
en dulces himnos al inmenso cantas,
ten oreja piadosa
al triste llanto de tu amada esposa!
Si un mismo amor y un lazo dulce y fuerte
dejó las almas de los dos, unidas,
¿por qué con dicha igual no dio la muerte
de un golpe un mismo fin a entrambas vidas?
Mas fue cautela suya,
porque la pierda yo, robar la tuya.

Hasta la misma muerte conjurada
con mi fatal desdicha y suerte esquiva,
por matarme con muerte más pesada,
quiso, muriendo tú, dejarme viva,
que más muerte recibe
quien sin querer vivir, muriendo vive.
¡Pluguiera al cielo, que mis ansias sabe,
que en el profundo mar, don Pedro mío,
de mi cuerpo también la misma nave
fuera sepulcro como fue navío,
que alegre en él muriera
si a entrambos urna como albergue
mas ya que de mi estrella adverso influjo
negó a mi cuerpo tan dichosa palma,
cuando una tabla a tierra lo condujo,
dejé en las ondas con el tuyo el alma,
creyendo que con ella
pudiera darte vida y yo perdella.
Y pues el hado me negó el consuelo
de verte vivo o de morir contigo,
¡o súbeme, mi bien, a verte al cielo
o desciende a la tierra a estar conmigo;
que estar viva y sin verte,
estando tú sin vida, es más que muerte!
La amiga soledad destas montañas

será mi habitación, por ver si arroja
tu cuerpo a tierra el mar de sus entrañas
movida de piedad de mi congoja,
para que en esta sierra,
pues nos mata un amor, cubra una tierra.
Sale EL REY, en cuerpo, con un bastón.

REY

Apartado de mi gente

sigo un gamo fugitivo,
que en aquel cristal nativo
bañó herido su frente.

Imposible es alcanzallo,

mi gente quiero esperar,

que si se pudo escapar

fue por rendirse el caballo.

Aquí una pastora va;

que divino rostro tiene,

con el sosiego que viene

(Ap. Y que segura que está.)

¡Dios te guarde!, ¡qué hermosa!

LAURA

Y a vos os traiga con bien.

REY

(Ap. ¡Qué donaire y qué desdén!

No es tan hermosa la rosa.)

Estoy cerca de poblado,

porque un caballero soy

que a matar las fieras voy

y ya mi muerte he encontrado.

LAURA

Si fieras buscáis, el monte

está poblado de fieras

que ya discurren ligeras

por todo nuestro horizonte.

Y si el poblado buscáis,

en el llano hay caserías

donde he estado algunos días;

bien cerca dellas estáis.

¿Mandáis otra cosa?

REY

No,

que después que te miré

toda el alma te entregué.

LAURA

(Ap. No tengo la culpa yo.)

¿A mí el alma?, ¿cómo o cuándo?

Porque no la he recibido.

Mas ya de palacio he oído

que os estáis siempre burlando.

¡Qué cerca el alma tenéis

en las manos o en la boca!

Casi a risa me provoca

de que tan presto la deis.

No querrá vuestra alma estar

enseñada a seda y oro

entre el sayal.

REY

Si te adoro

¿por qué me quieres matar?

LAURA

¿No veis que es idolatría

adorar, si sólo a Dios?

Porque en adorarme vos

cometéis una herejía.

REY

Basta, que te burlas.

LAURA

Yo

no hago tal; porque bien sé,

que aunque aquí crédito os dé

no he de mereceros, no.

REY

El amor todo lo iguala,

ten esperanza mayor,

que como es deidad amor

hace de altiveces gala;

fuera de que yo pudiera

agradecer el favor

que me hicieras con tu amor.

LAURA

¡Mal año quién lo creyera!

Pues aunque somos villanas

y entre peñascos nacidas,

somos por acá queridas

con amistades más sanas.

Y si algún pastor se alaba

que alguna su mal remedia

son amores de comedia

que en matrimonio se acaba.

El que pretende ser mío
viene allí, y algo es celoso;
no lo quiero ver quejoso,
y de vuestro trato fío
que no duréis qué decir;
y así ved si mandáis algo,
que si yo en serviros valgo,

os pido que os queráis ir.
REY
¿Sin el alma cómo puedo?

volvédmela y yo me iré.
LAURA
Volver las almas no sé;

de pensarlo tengo miedo.
REY
Por la boca y por los ojos
salió el alma, y en tu pecho
ella y mi vida se han hecho
de mi amor ricos despojos;

la restitución te toca.
LAURA
Cómo, te suplico apuntes.
REY
Con que boca y ojos juntas

con mis ojos y mi boca,
y así se me volvería

el alma y vida que entablo.
LAURA
¡Quita, fuera, guarda Pablo!

Eso besarme sería.

REY

¡Qué aguda que es la aldeana,

no la he podido engañar!

¡Oh, qué ingenio singular!,

¡qué hermosura soberana!

Muerto estoy de amores della;

si hermosa el alma la vio

y la libertad rindió

con sólo llegar a vella.

Yo quiero volverte a ver;

dime tu casa y tu nombre

y tanto amor no te asombre,

¡No vi más bella mujer!

LAURA

Mi casa tengo en el valle

de los Olmos de la Fuente,

su recato no consiente

que ningún hombre la halle.

Mi propio nombre es Filena,

y si no queréis más desto,

idos, Señor, y sea presto

porque sea en hora buena.

REY

Yo me voy, quedad con Dios;

mía quiere amor que seas;

(alma, imposibles deseas.)

LAURA

Él mismo vaya con vos.

Sale DANTEO, villano, acechando

DANTEO

Ya se fue el que hablando vi

con Filena; ánimo, amor,

que si es mi competidor,

la vida y alma perdí.

¿Filena, quién era aquél

que hablando contigo estaba?

LAURA

Un cazador que buscaba

su gente, sin mí y sin él.

Sin mí, porque dijo amores

que yo no le quise oír;

sin él, porque va a morir

viéndose sin mis favores.

DANTEO

(Ap. Toda el alma se me abrasa;

¡que de ayer aquí venida

y hallando tal acogida

en mi alma y en mi casa,

no me estime esta mujer

queriéndola yo hacer mía!

Ya mi vida desconfía

de poderla merecer.)

Filena, cuya hermosura

fue asombro de nuestros campos,

cuyos bellos ojos fueron

a mi pecho airados dardos;

en cuyo cabello hermoso

se ve corrido el topacio,
y Febo robó sus hebras
para más lucientes rayos;
cuya frente blanca y lisa
es de la azucena espanto,
cuyas cejas bien formadas
son del cielo hermosos arcos,
guarnición de dos cristales,
en cuya luz se miraron
las gracias que sus dos niñas
enriquecieron y honraron;
en cuyas blancas mejillas
esparció claveles Mayo,
y en tu hermosa boca quiso
competir coral en vano,
con dos hileras de perlas
que su fragancia guardaron,
y son negros los jazmines
con tal boca, cuello y manos;
tanta beldad y hermosura
mis ciegos ojos miraron
y ahora me miro a mí
ya compasión destes campos.
El monte y el valle ocupan
mis vacas por largo espacio,

y mis labores encierran
pan y fruta y miel, dejando
otras cosas que no digo
por no parecerte largo,
que como no te me inclinas
pienso que te estoy matando;
de todo serás el dueño
si no fuere desgraciado,
que las verdades de amor
nunca fiel crédito hallaron.
Bien sé que mereces ser
reina del mundo, y que hago
mal en querer merecerte,
y que amarte yo, fue agravio;
mas el amor me inclinó,
el Rey y yo su vasallo:
Éste me dicta, y así
deste amor perdón aguardo.
LAURA
Danteo, si aquí perdida
me echaron mis cortos hados,
hallé acogida en tu casa,
vestidos tuve y regalos;
Belisa, tu hermana bella,
amparó mis ciertos daños,
que tú amparaste también

con ánimo y pecho hidalgo;
yo cuando aquí me perdí
y tus pastores me hallaron
a las puertas de la muerte,
de que me libró tu mano,
iba a Roma de mi tierra
a cumplir un voto santo
que a Dios hice estando enferma,
y llegar allá fue en vano.

El mar fiero me quitó
que lo cumpliera, librando
mi vida el cielo sin duda
porque lo cumpliera cuando
tuviese buena ocasión;
ya de cumplirlo lo hago,
que hasta que lo haya hecho
no puedo darte la mano.

Deja, pues, que cumpla el voto.

DANTEO

¿Pues cuándo ha de ser?

LAURA

El cuándo

no lo sé; mas sólo digo

que tiene muy cerca el plazo.

DANTEO

Pues mientras se cumple el voto

dame en albricias los brazos.

LAURA

No, Danteo, que lo hice

de hasta cumplirlo no darlos.

DANTEO

Voto debiste de hacer

de matarme a mí entre tanto.

Sale SERGASTO, villano.

SERGASTO

¿Qué hacéis aquí, los pastores?

¿Cómo estáis tan descuidados,

si el Rey de Nápoles viene

a vuestra aldea con tantos

cazadores, que se cubren

dellos todos estos prados?

Si lo queréis ver, ya llega

a aquellos álamos blancos;

con él su hermana Sirena,

en cuyos ojos y manos

vieron los hombres su muerte

y la primavera el campo.

Y lleva consigo un hombre

que diz que halló en lo más alto

del monte, junto a la cueva

de Lucindo, el viejo sabio,

que acompañaba allí a otro

que imagino que es su amo.

Llévalo a Nápoles bella,

que es de los que allá en Palacio

llaman discretos; ¡qué yerro,

siendo ignorantes y helados!

DANTEO

¿Luego en la aldea hará noche?

SERGASTO

No, Danteo, que es temprano

y a Nápoles llegan hoy.

DANTEO

Pues si es tan de paso, vamos

a ver los Reyes.

SERGASTO

Yo quiero

ir a ver si los alcanzo.

LAURA (Ap.)

El Rey era aquél sin duda

que estuvo conmigo hablando,

y si vuelve a verme, temo

alguna desdicha, en vano

disfrazo mi corta dicha

ni mi persona disfrazo,

que la Hermosura y Desdicha

siempre vi que se juntaron.

Jornada tercera

Salen LA INFANTA y MONZÓN.

INFANTA

En fin, ¿don Pedro está bueno?

MONZÓN

Mercedes que de tu mano

recibe le tienen sano,

y de obligaciones lleno.

INFANTA

¿No quiere ver la ciudad?
MONZÓN

No que es fino enamorado,

pues, su Laura muerta, ha dado

en amar la soledad.
INFANTA

Finezas son de su amor;

¿era Laura muy hermosa

era discreta, era airosa,

era mucho su valor?
MONZÓN

Si a todo he de responder

y tantas cosas preguntas,

¿cómo puedo a tantas juntas

de una vez satisfacer?

¿Qué dijiste la primera?
INFANTA

Si era hermosa pregunté;

di la verdad, por tu fe.
MONZÓN

Digo, pues, desta manera:

Tenía negro el cabello,

que si un día se pasaba,

Señora, y no lo peinaba,

parecía de un camello.

La frente era muy pequeña

y lo que della mostraba,

lo cubría y ocultaba

su tan mal peinada greña.

Eran sus ojos ojetes

dentro en los cascos hundidos,

y al derredor guarnecidos

con dos párpados ribetes,

que a sus tildes niñas eran

dos márgenes de lagañas,

muy rojos, y sin pestañas,

como si verdades fueran.

¿Se alegra la sora Infanta?

INFANTA

¿Qué es lo que dices, Monzón?

¡Hay más notable borrón!

Ya su fiereza me espanta.

MONZÓN

Medrosa debes de ser,

pues aguarda un poco más.

INFANTA

Pienso que mintiendo estás,

yo no te puedo creer.

MONZÓN

Bien harás; mas oye ahora

la nariz como este pomo,

muy torcida y con un lomo;

(verdad te digo, Señora).

Las mejillas, donde libra

Amor su gloria, dos gruesas

y mal formadas camuesas

de aquestas de a tres en libra.

El encaje de la cara

como un sol de un bodegón,

redondo y largo.
INFANTA

Monzón,

en que me engañas repara,

y a las damas y a los reyes

grave delito es mentir.
MONZÓN

Si no me quieres oír

gran caso haré de esas leyes.
INFANTA

No pases más adelante,

porque presumas de hacer

una tan fea mujer,

que me mate o que me espante.

No tengo a don Pedro yo

por hombre de tan mal gusto,

ni aun pensarlo fuera justo

que tal mujer pretendió.

¡Jesús, vengada quedara

si yo a don Pedro quisiera,

de que tal fineza hiciera

por deformidad tan rara!
MONZÓN

¿Luego a don Pedro, Señora,

no es de quererlo tu intento?

Perdona mi atrevimiento

que imagino que te adora.
INFANTA

Yo, Monzón, compadecida

de ver entre aquellas peñas

y con desdichadas señas

tanta nobleza escondida,

porque en el talle y la cara

mostraba ser principal,

y viéndolo en tanto mal

hoy mi nobleza le ampara.

Mas dime, ¿tíeneme amor?

¿Habla alguna vez de mí?

¿Comunícate algo a ti

de su gusto o su dolor?
MONZÓN

Está tan agradecido

de la merced que le haces,

que ayer me dijo que traces

su remedio, y yo lo pido.

Quisiera hablarte.
INFANTA

¿Él a mí?
MONZÓN

A ti; ¿pues milagro fuera

que una Infanta le quisiera?
INFANTA

Muy fuera deso le vi;

fuera de que yo procuro,

por inclinación que tengo

su remedio, que prevengo

más provechoso y seguro.

Si a España quiere volver

darele dineros yo,

Pues que Laura se ahogó,

para que lo pueda hacer.

Yo pienso que ésta es acción

de nobleza a mí debida,

porque el amor en mi vida

no tiene jurisdicción.

(Ap. ¡Ay, don Pedro, muerta estoy!)

MONZÓN

En fin, ¿no es más de virtud

el mirar por su salud?

INFANTA (Ap.)

Cuando a declarar me voy

me detienen los respetos

que debo a mi calidad;

petardo es la voluntad,

y con los mismos efectos

si pega fuego el amor

o batir o reventar.

MONZÓN

¿Qué dices?

INFANTA

No puedo amar

(Ap. ¡Hay más notable rigor!)

a don Pedro más de aquello

que permite el ser quien soy.
MONZÓN

Pues yo te he mirado hoy

con señales de querello.
INFANTA

¿Cómo señales?
MONZÓN

Señales

en la cara, en los sentidos,

en esos ojos dormidos;

mira si con señas tales

merezco que me des parte

de tu alma y de tu pecho,

que a mí don Pedro me ha hecho

testigo que llega a amarte.
INFANTA

¿Y Laura?
MONZÓN

Ya se ahogó,

con decirle algunas misas,

obligaciones precisas

entiendo yo que cumplió.
INFANTA

Poco amor fuera olvidar

don Pedro a Laura tan presto.
MONZÓN

Eso fuera en razón puesto

pudiendo resucitar;

mas si por ella mató

al conde de Barcelona,

de quien, como una Belona,

con valor se resistió;

y después de haber pasado

mil trances en tierra y mar,

al fin se vino a ahogar

dentro en su cristal salado,

bien podrá quererte a ti,

extremo de la hermosura,
pues que fue nuestra ventura
verte tan hermosa aquí.
Pues su persona lo abona
por tan noble y principal,
que hay muy pocos del igual
de don Pedro de Cardona.
Dejo nobleza heredada
si ya de sus partes digo,
toda mi vida le sigo
sin haberme dado nada;
que su trato y condición
su virtud y su nobleza,
su valor y fortaleza
con tantas ventajas son,
que no digo yo, que he sido
su privanza y su criado,

mas en todo lo que ha andado

ha sido el más aplaudido.

INFANTA

¿Y está don Pedro muy pobre?

MONZÓN

No lo sé; por Dios, Señora,

nunca el dinero atesora

aunque mil escudos cobre.

Con que está tan empeñado

que con mohatras entiendo

le van siempre consumiendo

muchos que lo han engañado.

Y con aquesta desgracia,

si bien salvó su persona,

acabose Barcelona

si no le vale tu gracia.

INFANTA

¿Pues yo qué le puedo hacer?

MONZÓN

No sé, Señora, a fe mía;

sé que él ayer me decía

que te deseaba ver.
INFANTA

(Yo viviré si le veo),

yo daré traza, Monzón,

que me vea en ocasión

en que logre su deseo.

Yo trataré con mi hermano,

que una carta al conde escriba,

y en su gracia le reciba

y el perdón le otorgue humano.
MONZÓN

Vivas más años, Señora,

que la fama de Lucrecia,

y más que una mujer necia,

más que una saludadora.

Plegue a Dios que con tu gusto

te cases, para reinar;

plegue a Dios, que con faltar

celos no tengas disgusto.

Plegue a Dios, que el primer año

tengas un niño tan bello

que de la planta al cabello

no tenga falta ni engaño.

Que Rey de Italia le veas,

que sea medio español,

que gane lo que anda el sol,

que tengas lo que deseas.

Plegue a Dios...

INFANTA

No digas más

que por don Pedro y por ti

todo cuanto he dicho aquí

presto cumplido verás.

Ahora vete con Dios

y vuélveme luego a ver,

porque pienso mucho hacer

por don Pedro, y por los dos.
MONZÓN

Voy, Señora, confiado

del remedio que hoy espero.
INFANTA (Ap.)

Ingrato, ausente, yo muero;

¿qué he de hacer en tal estado?
MONZÓN

Don Pedro, grande es tu dicha,

tus glorias resucitaron,

si en Laura se sepultaron

la Hermosura y la Desdicha.
Vase MONZÓN, y ella mejorándose en el tablado, empieza a decir un soneto, y al mismo punto sale EL REY diciendo otro; y sin verse dicen entre los dos un soneto.
INFANTA

Ausente dueño, de mi vida muerte,
REY

ausente dueño, que mi vida acabas,
INFANTA

¿cómo, di, me mataste si me amabas?
REY

¿Cómo podrá mi amor vivir sin verte?
INFANTA

¡Qué desdichado fin mi dicha advierte!
REY

¿De rendir al remedio aquí te alabas?
INFANTA

¡Si acogida en mi tierno pecho hallaras!
REY

¡Grave dolor!, ¡gran daño!, ¡pena fuerte!
INFANTA

Muero si callo.
REY

En verla, vida tengo:
INFANTA

Si hablo, vivo.
REY

Si no la veo, muero,
INFANTA

mi vida y muerte por un fin prevengo.
REY

Vida y muerte de ti, Filena, espero.
INFANTA

Pues viva y hable.
REY

Ya remedio tengo.
INFANTA

Porque es ciego mi amor.
REY

Y desespero.

¿Hermana?
INFANTA

¿Rey y Señor, aquí tu alteza?
REY

¿Aquí estabas?, ¿hermana, que te impide?
INFANTA

Melancólica viene tu grandeza.
REY

El alma de mi cuerpo se divide;

llegó el dolor a la mayor alteza,

que con la ausencia ningún mal se mide.
INFANTA

Muerte fiera la llaman, y yo digo

que tan buena opinión apruebo y sigo;

no haga en el dolor tu alteza empleo

que se apodere de la ingrata vida,

que si tan triste aquí siempre le veo

será de su salud fiero homicida.

Aliente en la esperanza su deseo,

no tenga la esperanza por perdida

que la mujer servida y regalada

a amor se inclina si se ve obligada.
REY

¡Ay, Sirena, que amor no mira leyes!

¿Qué haré si vi a Filena, hermosa y bella?

Iguala los arados y los reyes,

¿mas qué no hará con tan hermosa estrella?

Que entre los riscos álamos y bueyes

se cría tal beldad, ya se querella,
amor hará la corte a aquella aldea,
que la beldad del mundo allí se emplea,
allí perdí, Sirena, los sentidos,
allí dejé la libertad amada,
no entró el amor en mí por los oídos,
que apenas fue de mí su luz mirada
cuando mis pensamientos vi rendidos
a su brío, a su aseo, a su extremada
gracia, que en ella es tanta la que veo,
que no puede haber más ni más deseo.

Filena me mató ¡bella serrana!

Jacob quisiera ser, servir quisiera

hermosura tan noble y soberana,

si por servicios merecer pudiera

la más bella Raquel, si más tirana;

mas si mi dicha quiere que así muera,

excusado será excusar la muerte,

que sin ella será dichosa suerte.

INFANTA

Real poder y soberano tiene

tu alteza en este reino, bien seguro

remedio ya mi amor hoy lo previene,

pues no hay para el poder tan fuerte muro,

que estorbos haga sí a las manos vienen,

y toma mi consejo, le aseguro,

que si de nieve y hielo tiene el pecho,

se verá como cera al sol deshecho;

tráigala de la aldea donde vive,

perderá la aspereza de la sierra

si en Nápoles tu Alteza la apercibe

regalos y agasajos, de su tierra

presto se olvidará, porque prohíbe

el monte de Cupido tierna guerra,

y obligada mujer, siempre es de cera,

aunque fuerte diamante, esquivada y fiera.

Oblíguela tu alteza, hónrela y diga

quejas, ternezas, que el amor es niño,

que si con celos su rigor mitiga,

dándolos receloso su cariño,

le será reducido a que te siga,

que yo que de laurel la frente ciño,

los celos me obligaran si van muertos

a querer fieras y a buscar desiertos.

REY

Bien dices, bella hermana; al punto parto

al monte, que Filena ilustra hermosa;

a su padre honraré, pues hoy la aparto

de su casa y sus ojos, si amorosa

me mirare, en su cuello hermoso ensarto

joyas, perlas, diamantes.

INFANTA

Justa cosa,

que con perlas y joyas, mujer fuerte,

no la he visto jamás en baja suerte

yo quiero acompañar esta jornada,

breve cuanto gustosa; hacerla quiero,

porque venga Filena más honrada,

(Ap. Por ver el monte injustamente muero.)

REY

eres, hermana, justamente amada.

INFANTA

Y yo servir prometo

a tu alteza, que estimo y que respeto.

REY

Vamos a prevenir esta partida

que juzgo de mi dicha la primera;

contigo cobro aliento, cobro vida,

como si de Filena dueño fuera.

INFANTA

Ya la veo a tu llanto enternecida

y de fuerte diamante vuelta en cera.

REY

De ti espero mi bien.

INFANTA (Ap.)

Y yo la palma

del amor que fue dueño de mi alma.

(Vanse.)

Sale DON PEDRO, solo, como de antes.

DON PEDRO

Éstas las peñas son que me acogieron

en su aspereza, de la mar cegado;

allí veo las ondas, que ahogado

más fieras que las peñas me tuvieron.

Aquí veo los riscos, que me dieron

cabida, aunque la muerte he deseado;

allí veo la mar que me ha quitado

el bien más bello que mortales vieron.

Aquí hallé vida; Laura, allí la muerte,

allí fuera mejor que yo la hallara,

y que ella aquí viviera, si se advierte;

mas si yo amor tuviera, acompañara

acabando mi vida allí su suerte,

y por buscarla aquí, yo me matara.

Sale MONZÓN, de camino, con unas alforjas al hombro, vestido graciosamente.

MONZÓN

No pensé hallarte en mi vida.

DON PEDRO

¿Qué hay, Monzón, qué hay de la Infanta?

MONZÓN

Entiendo que está perdida;

hoy tu fortuna adelanta,

ya previene su partida.

DON PEDRO

¡Vendrá a acabar con las fieras!

MONZÓN

No pensé que tonto eras,

no lo quieres entender

que conmigo hablaba ayer

en amor tuyo de veras;

no seas necio amador,

que si ya tu Laura es muerta,

aunque mereció tu amor,

hoy tu ventura concierta

la Infanta con su favor.

¿Por qué la quieres perder

siendo imposible volver

al mundo Laura, aunque bajas

al infierno y agasajes

su reina?
DON PEDRO

¿Pues qué he de hacer?
MONZÓN

Si aquel marido de Tracia,

si ya no hay tales maridos,

ganó al infierno la gracia,

y sus deseos cumplidos

no los vio por su desgracia,

¿qué tienes tú que esperar?

¿Entiendes te la han de dar?

Que ya Garón se murió

y su barca se acabó.
DON PEDRO

Nunca con juicio has de hablar;

¿en fin, que la Infanta viene

al monte?, vendrá a cazar.
MONZÓN

Extremado gusto tiene;

yo lo tengo por azar,

pues esta caza previene,

que si viene a cazar ella

y tú llegas a cogella,

cazador vienes a ser,

pues que cazas tal mujer;

¡qué linda caza y qué bella!

DON PEDRO

Calla, necio, ¿pues a mí

la Infanta me ha de estimar?

Que sabías más creí;

¿cómo la puedo obligar?

MONZÓN

¿Pues por qué no puedes, di?

DON PEDRO

Ella Infanta, yo escudero;

casi de risa me muero;

ella estimada en su Estado,

yo de España desterrado.

MONZÓN

¡Oh, qué lindo majadero!

¿Pues de eso milagros haces?

Mayores cosas se han visto.

DON PEDRO

Más adelante no pases.

MONZÓN

Mira que en Palacio asisto.

DON PEDRO

¡Ay, Laura, que te ahogases!

¿En fin, dijo, que quería

venir al monte la Infanta,

y en el monte me hablaría?

MONZÓN

Sí, que tu bien se adelanta,

y hoy se acaba tu porfía.

Ya de Laura no te acuerdes,

que si a Laura muerta pierdes

de laurel ciñes la frente,

y con el gusto presente

olvidas sus rejas verdes;

y porque crédito des

a lo que te he dicho aquí,

aunque tan claro lo ves,

aqueste papel por mí

será testigo y juez.

Éste la Infanta te escribe,

éste tu bien apercibe

leyéndolo, dél sabrás

lo que he dicho y mucho más.

DON PEDRO

Mi muerta esperanza vive;

muestra, Monzón, lo veré.

MONZÓN

Y verás en él tu dicha.

Dos liciones te daré

con que dé fin tu desdicha;

léelo y te las diré.

DON PEDRO

No sé si lea, Monzón,

el papel, porque éstas son

señales de mi ventura,

y aunque es tanta su hermosura

no ha prendado el corazón;

si la Infanta a mí me estima

no pudiéndola igualar,

mi humildad me desanima

si ya el venir a ganar

tanto bien, mucho me anima.

A Laura el mar ahogó

y mi amor no se acabó;

a Barcelona perdí,

y a la hermosa Infanta vi

y ella me favoreció.

Ella en el monte me escribe.

Yo temo mi corta dicha.

MONZÓN

Valor, Señor; apercibe

que, no vive la desdicha

donde el bien se aloja y vive.

DON PEDRO

Abro, pues, Monzón, la carta,

quito la nema.

MONZÓN

Descarta

una sota por un rey,

que esto es del amor la ley

y esotro simpleza es harta.

DON PEDRO

(Lee.) «La muerte de don Juan de Moncada entiendo es cierta, y mi dicha con ella, pues te veo imposibilitado de volver a España, y en estado que tienes necesidad de mí para tu remedio, que ofrezco, pues quiere el cielo falten Laura y don Juan; ya entiendo llegaré tan presto como Monzón, y trataremos del remedio de los dos.»

(Suena dentro ruido, y dice LAURA.)

LAURA

(Dentro.)

¡Ay, ay!

DON PEDRO

¿Monzón, qué es aquello

que parece que se queja

(si adviertes más bien en ello)

una mujer?

MONZÓN

Ahora deja

la carta, vamos a vello.

LAURA

(Dentro.)

¿Qué es esto desdicha fiera?

Acábame de matar;

permite, cielo, que muera,

pues no hallo en tal lugar

quien remedio darme quiera.

DON PEDRO

¿A dónde suena el ruido?

MONZÓN

Hacia aquí pienso que ha sido.

DON PEDRO

Vamos, Monzón, porque en calma

tengo la vida y el alma.

MONZÓN

(Dentro.)

¿Qué puede haber sucedido?

LAURA

(Dentro.)

Hombre, mátame, y así

me gozarás, que primero

que fiero goces de mí

acabar la vida espero.

REY

(Dentro.)

En vano huyes de mí.

Sale EL REY, forcejeando con LAURA, descompuestos.

REY

Apartado de mi gente

te busqué, bella aldeana,

perdido por tu hermosura

hallete dentro en mi alma;

busqué el monte, entre sus breñas

te ocultaste, que aunque estabas

en mi pecho, no querías

que te viese, ni aun el agua

que hiciste espejo dichoso

en que te viste la cara.

Ofrecite enamorado

mi Estado, mi reino y casa,

porque el alma ha muchos días

que es tuya, si mal la pagas.

Despreciaste mis amores
desdeñando mis palabras,
negando a tu propio ser
el ser que de mí esperabas,
que rogadas las mujeres
casi todas sois villanas.

Ofendiste mi poder,
y con ofensas tan claras,
cegó la razón los ojos
al discurso que la ampara.

Junto a la fuente que viste
de mi caballo a las ancas,
forzada te traje aquí
donde tu soberbia para.

Si quieres verte señora
de Nápoles y de Italia,
a Nápoles hoy te llevo

con que tu humildad levantas;

como mi propia mujer

allí serás regalada,

humillando mi poder

a la tierra de tus plantas.

Acepta, pues, el partido,

que tu esperanza te engaña,

que es imposible dejar

de gozarte, aunque forzada.

LAURA

En vano ofreces regalos,

en vano, Rey, me amenazas,

porque no hay cosa que trueque

al esplendor de mi fama;

mujer soy, y sola aquí,

Dios defenderá mi causa,

que aquí muerta me has de ver

antes que verme gozada.
REY

Pues ahora lo verás.
(Llégase a ella.)
LAURA

Para ya, fortuna, para;

¡favor, cielo airado, cielo,

mis tristes voces ampara!
REY

Por fuerza te he de gozar.
LAURA

Antes con mi vida acaba.
(Éntranse forcejeando.)
Sale DON JUAN y FABIO, de camino, con botas y espuelas.
DON JUAN

Ata esas postas a un chopo,

Fabio; aquestas postas ata,

porque oigo voces muy cerca

del monte; sin duda matan

alguna mujer allí

bandoleros por robarla;

prevén aquesta escopeta

y sígueme, que mi espada

será su amparo esta vez.
FABIO

Bien dices, Señor; ampara

su inocencia castigando

quien su sagrado quebranta.
(Éntranse sacando las espadas.)
Salen DON PEDRO y MONZÓN.
MONZÓN

En un caballo morcillo,

vi que una mujer llevaba

un hombre, forzada, y que ella

mil voces y gritos daba;

en el monte se han metido.
DON PEDRO

¡Ay, ángel divino, ay, Laura!

Por socorrer tu inocencia

te perdí.
MONZÓN

¡Flema gallarda!

¿Ahora de Laura quieres

repetir historias largas?

acude presto, Señor,

pues obligaciones tantas

te corren por tu nobleza,

y por ser ya cosa usada

en ti desfacer los tuertos

y dar socorro a las damas.

DON PEDRO

(Dentro.)

Pues ahora lo verás.

DON JUAN

Dispara, Fabio, dispara.

MONZÓN

¡Mal año!, bocas de fuego,

bandoleros son sin falta.

DON PEDRO

No temas, Monzón.

MONZÓN

¿Quién, yo

contigo y con esta tranca?

camina y verás quién son

los Monzones en España.

(Vanse.)

Sale DON JUAN con LAURA en los brazos, desmayada.

DON JUAN

Labradora, ángel divino;

¡oh, qué hermosura tan rara

dentro del alma la tengo!

¡Oh, si así fuera la Infanta!

Agua quisiera tener

para bañarla la cara;

Fabio no viene, ¿qué haré?

que temo sola dejarla;

más allí dejé un arroyo

que de aquella sierra baja;

ir quiero volando a él

para remediar con agua

el fuego que tan aprisa

hasta el corazón me abrasa. (Vase.)

Salen DON PEDRO y MONZÓN con la espada desnuda.

DON PEDRO

¿Hacia dónde era el ruido?

MONZÓN

Hacia aquellas altas hayas

sentí voces, si no miente

el miedo que me acompaña.

¿Qué diablo me metió a mí

en aventuras tan raras,

que socorriendo doncellas

ya parezco Sancho Panza?

Quijotadas de don Pedro

han de acabar con mi alma.

DON PEDRO

Allí veo una mujer,

y está muerta, ¡hay tal desgracia!

Divina presencia tiene.

MONZÓN

La muerte la tiene mala,

y el temor della también

tiene olorosas mis calzas.

DON PEDRO

Llega, Monzón, que no es muerta;

pero está tan desmayada,

que lo parece.

MONZÓN

¡Qué presto

las mujeres se desmayan!

DON PEDRO

¡Válgame el cielo!, ¿qué veo?
MONZÓN

¿Pues de qué, Señor, te espantas?

¿Una mujer medio muerta

así tu valor maltrata?
DON PEDRO

Un sudor helado y frío

desde que miré su cara

discurre por mis sentidos

que todos mis miembros traba.
MONZÓN

¿Pues qué puede ser, Señor?

Dime si alcanzas la causa.
DON PEDRO

Que aquesta es Laura, Monzón,

aquí mis ojos se engañan.
MONZÓN

¡Laura, ¿qué dices, Señor?

Parécelo en las desgracias.
DON PEDRO

Y aún en la cara también;

¡ay, Monzón, sin duda es Laura,

que aqueste traje la oculta

arrojada de las aguas,

y fue fuerza de su estrella

ser hermosa y desdichada
(Vuelve LAURA del desmayo.)
LAURA

Acábame de matar,

fiero Rey, antes que seas

tirano dueño...
DON PEDRO

¿Deseas

más desengaño buscar?
(Abre los ojos LAURA.)
LAURA

Ya empieza el alma a dudar;

¿quién eres, hombre, qué quieres?

Que entre todas las mujeres

yo sola soy desgraciada

del fiero mar escapada

para desdichas...
DON PEDRO

¿Quién eres?

que si el alma no me engaña

dentro de mi alma estás;

llégate a mi pecho más.

LAURA

No intentes tan vil hazaña,

que el valor que me acompaña

librándome de dos reyes,

si bien son injustas leyes

esfuerza mi corazón.

DON PEDRO

¿Eres Laura?

LAURA

Laura soy;

¿Eres don Pedro?

DON PEDRO

Sí, Laura.

LAURA

Hoy mi vida se restaura.

MONZÓN

Ya yo acercándome voy.

LAURA

¿Qué, estás vivo?

DON PEDRO

Vivo estoy;

¿qué, estás viva?

LAURA

Sí, mi bien.
MONZÓN

Y yo estoy vivo también.
LAURA

¿Es Monzón?
MONZÓN

Sí, mi señora.
DON PEDRO

¿Pues quién te mataba ahora?
MONZÓN

No era don Juan de Moncada,

porque éste de una estocada

alzó el cerco de Zamora.
LAURA

Mi desdicha me mataba,

que tan desdichada he sido

y tanto me ha perseguido,

que hoy a morir me llevaba;

en la muerte vida hallaba

en el trabajo consuelo,

porque no ha criado el cielo

mujer con tantas desdichas,

que se acabaron mis dichas

con perderte a ti en el suelo.

Cuando del mar escapé

tomó mi fortuna puerto,

teniéndole a ti por muerto

en la aldea que se ve,

allí mi acogida fue

la casa de un labrador,

y amor de una labradora,

de donde salía ahora

a divertir tantos males

entre peñas y jarales,

que esto la tristeza adora.

Mas pues que vivo te veo,

es bien que tan gran fortuna

no pierda ocasión alguna

que embarace nuestro empleo;

ya de hoy más sea trofeo

contigo de incierta muerte,

porque mi ventura advierte

que mi desdicha acabó,

pues de tantas me libró

para que llegase a verte.

Padres, parientes y hacienda

riquezas, joyas, regalos,

sin ti los tengo por malos,

y sea, querida prenda,

tu vista quien me defienda

del más pesado rigor

que afligió el más firme amor

y goce sólo de ti

que no hay más bien para mí,

y sin ti todo es dolor.

En el traje y en la cara

ya conozco el sentimiento
que fue de mi amor aumento;
si aquí mi desdicha para,
¡para ya, fortuna avara,
fija tu rueda importuna,
y en tal desdicha halle alguna
esperanza de remedio,
mas si está el amor en medio
dé más vueltas la fortuna!
El traje me da a entender
que campos desiertos moras;
yo te adoro, si me adoras
aquí mi amor has de ver;
compañía te he de hacer
en el monte y en poblado,
pues por mí estás desterrado
de tu patria, yo he de estar

desterrada por gozar

de tu vista en tal estado.
DON PEDRO

Tu valor y tu hermosura

adoro, Laura, de modo

que ya a vivir me acomodo

en aquesta tierra dura,

y pues quiso mi ventura

que te hallase, si ya muerta

te juzgué, mi amor acierta

en correspondencia tal,

pues hoy dudo de mi mal

y está mi ventura cierta;

entre peñas y lentiscos,

entre fieras y animales

serán mis dichas iguales

al número destes riscos.

Los más fieros basiliscos

serán mis gratos amigos,

que los hombres enemigos

han sido en la propia tierra

y desta continua guerra

serán mis penas testigos.

Monzón en Palacio asiste,

porque Sirena, la Infanta

de Nápoles, le adelanta;

en él mi dicha consiste.

MONZÓN

Mi lealtad y mi amor viste

en mil sucesos, Señor.

DON PEDRO

Ya conozco tu valor.,

MONZÓN

¿Puédole en algo servir?

DON PEDRO

Puedes.

MONZÓN

¿En qué?

DON PEDRO

En acudir

al remedio de mi honor.

Que alguna ocasión habrá

en que a la Infanta la digas

nuestras penas y fatigas

con que remediado está;

al conde le escribirá

el Rey la disculpa mía

que mi inocencia confía

que el cielo la ha de amparar;

que yo no quise matar

a don Juan, ¡oh, infausto día!

Entre tanto, Laura y yo

viviremos retirados

de otro peligro apartados

pues ella en tantos se vio

que no quiero verla, no,

tan a pique de perder.

DENTRO

Hoy su castigo han de ver,

mueran los traidores, mueran.

LAURA

Si estos los criados fueran

del Rey, mi muerte ha de ser.

Salen riñendo los más CAZADORES que puedan con DON JUAN y FABIO.

CAZADORES

Acudid.

LAURA

¡Ay, justo cielo,

que aquestos dos me libraron

de las manos que intentaron

romper de mi honor el velo!

Llega DON PEDRO con el bastón, y pónese al lado de DON JUAN, y MONZÓN con la espada.

CAZADOR 1.º

¡No vi tal fuerza en el suelo!

DON PEDRO

Aguardad, gente inhumana.

MONZÓN

¡Hay desdicha más tirana

ni mayores aventuras!

Siempre topo estas venturas,

y siempre de mala gana.

Sale EL REY con la espada envainada, y pónese en medio.

REY

Apartad, que estoy aquí.
CAZADOR

Sólo tu alteza pudiera

quitar que la muerte diera

a un traidor.
MONZÓN

Miren allí,

ahora garla; eso sí,

y no aguardó dos porradas

con todas sus camaradas.
DON PEDRO

Y sólo tu alteza pudo

ser su amparo y ser su escudo.
MONZÓN

Siempre andamos a puñadas.
DON JUAN

A las voces lastimosas

de una mujer afligida,

por matar un homicida

dejé el camino, animosas

las manos a su remedio,

teniendo por torpe medio

el forzar la voluntad,

indigno a la calidad

de tanta grandeza en medio.

No me pude prometer

que vuestra alteza pudiera

intentar lo que no fuera

digna acción de su poder.

(Hablan aparte.)

DON PEDRO

¿Monzón, qué he llegado a ver?

Éste es don Juan de Moncada.

MONZÓN

No sé, no me digas nada,

porque parezco encantado,

si don Juan muerto ha quedado

y Laura quedó ahogada.

(Hablan aparte.)

REY

¿Quién eres que en ocasión

tan injusta para mí

te trajo la suerte aquí

que ya fue mi perdición?

de amor la jurisdicción,

hoy toqué y con fuerza tal

que juzgué por menor mal

gozar forzados favores

que de amor disfavores.

(Hablan aparte.)

MONZÓN

Es traza a tu amor igual.

Salen LA INFANTA y LUCINDO, viejo.

LUCINDO

Aquí perdido lo hallé

de una borrasca arrojado,

y de su talle obligado

a mi cueva lo llevé.

muchas veces me decía

de una Laura, que en España

fue su amor (si no me engaña)

y el amor que la tenía,

y que por ella mató

a un caballero Moncada,

cuerpo a cuerpo, espada a espada,

y que huyendo se salió;

otras mil cosas me dijo

de su estado y calidad.

INFANTA (Ap.)

¡Oh, amor!, ¡oh, ciega deidad

y de Venus ciego hijo!

LUCINDO

El Rey, tu hermano, Señora,

está aquí, y también está

el español.

INFANTA (Ap.)

¿Qué hará

el alma que así lo adora?

(Habla al REY.)

A la entrada deste monte

aguardé a tu alteza tanto,

que ya de la noche el manto

se ve por nuestro horizonte.

y viéndolo así tardar,

salí a buscarlo, por ver

quién lo pudo detener,

pues pudo a Filena hallar.

Este viejo me guió

porque le vio discurrir,

a este llano dividir.

Los cazadores que vio

reñir con dos forasteros,

que entiendo que estos dos son.

(Hablan aparte.)

DON PEDRO

¿Ésta es la Infanta, Monzón?

MONZÓN

¡Oh, qué ojuelos lisonjeros

que te ha echado!, y Laura allí

la mira, si no celosa,

a lo menos recelosa,

que fía mucho de ti.

DON PEDRO

¿Qué he de hacer, Monzón, si veo

allí a la Infanta hermosa?

¿Y aquí ya Laura amorosa

es muerte de mi deseo?
(Habla con LUCINDO DON PEDRO.)
LUCINDO

Don Pedro, la Infanta vino

a mi albergue a preguntar

tu estado y tu nombre, y dar

lustre a las peñas divino.
DON PEDRO

¡Ay, Lucindo! Laura es ésta

que el cielo quiso librarla

del mar, para restaurarla

las penas que amor la cuesta.
DON JUAN

¿Aquesta es, Fabio, la Infanta?
FABIO

Y tan divino sujeto,

que dichoso te prometo

serás si besas su planta.

Habla al Rey, y di quién eres,

que ya te miro dichoso.

¿De qué estás, Señor, dudoso

y tal ventura difieres?

DON JUAN

Bien dices; yo llego, Fabio.

FABIO

Llega con el pie derecho.

DON JUAN

Pues yo llego.

FABIO

De provecho

será a tu ventura el labio.

DON JUAN

Rey de Nápoles invicto,

si saber quién soy deseas,

óyeme atento y verás

mi historia, que es bien que sepas,

habiendo de ser mi hermano,

(Todos le miran.)

aquí lo que el cielo ordena.

El conde de Barcelona

es mi padre, que ya llega

a la caduca vejez,
largos años, cortas fuerzas
desde mi pequeña edad
profesé armas y letras,
que en los nobles la virtud
con la discreción empieza.
Criome mi padre, en fin,
como quien su Estado hereda,
procurando que creciese
a sombra de su obediencia.
Amé en Barcelona, pues,
una beldad, que vi apenas,
rindiendo almas un día
con dos rayos diez saetas.
Hablela al salir de allí
y mis palabras desprecia,
porque estaba enamorada

de no muy menores prendas.

Solicité su cariño

con el poder y la hacienda

sin que pudiese alcanzar

un favor llegando a verla.

Un criado de su casa,

por el interés, que ciega

la razón y la lealtad,

conquisté, y éste me lleva

a su felice mansión

dándome tranca la puerta,

y allí usé del rigor

y ella a defenderse empieza,

que el amor en las mujeres

tiene crecidas las fuerzas;

cuando ya casi rendida

una ventana, que era

pasadizo de un jardín,

siento abrir, y entrar por ella

un hombre, que era el dichoso

alcaide de aquella fuerza.

Animose Laura entonces,

y yo a sus voces de piedra

tomé mi espada, si en vano,

porque don Pedro, que hereda

de Cardona noble sangre,

mi injusto pecho atraviesa.

Dejome por muerto allí;

de Barcelona se ausenta,

queriendo el cielo que yo

de la herida no muera.

Aunque me sacó la sangre,

a Laura en el pecho deja,

teniéndome a mí más muerto

saber que a Laura se lleva.

Llamome mi padre un día,

y díjome, que él ordena

el casarme con tu hermana,

del mundo hermosa Sirena.

por olvidar las memorias

del amor que me atormenta

quise verla disfrazado,

que la fama novelera

suele mentir, y en retratos

los pintores lisonjean.

Tomé postas, y partime

con este criado a verla

por si podía sacar

el amor que así me deja.

Oí las voces que dio

una mujer casi muerta,

y dejando allí el camino

aquí llegué a socorrerla

vi la Infanta y vi dos soles

del amor viva saeta,

y apenas vi su hermosura

cuando del amor las flechas

hirieron mi corazón

y rindieron mis potencias.

REY

Dame, pues, don Juan, los brazos,

porque tu valor es muestra

de tu noble nacimiento,

y demos juntos la vuelta

a Nápoles, donde dueño

de mi casa y pecho seas.

Habla, don Juan, a mi hermana.

DON JUAN

Ya me doy la en hora buena.

INFANTA

Yo os beso, don Juan, las manos.

MONZÓN

Llega, pues, don Pedro, y sepa

que estás aquí.

DON PEDRO

¿Cómo puedo

si su sangre me destierra?

DON JUAN

A don Pedro de Cardona

hará buscar vuestra alteza

porque se juzga partió

en un navío de guerra

a Italia, y deseo mucho

que a Barcelona se vuelva.

MONZÓN

Ahora es tiempo que llegues

y tu fortuna serena.

DON PEDRO

Hoy don Pedro de Gardona

pone humilde la cabeza

a los pies de tu piedad.

DON JUAN

¿Eres don Pedro?
MONZÓN

Era fuerza

que pareciese don Pedro.
DON PEDRO

Don Pedro soy, que estas peñas

me acogieron casi muerto

después de una gran tormenta.
DON JUAN

¿Y Laura?
DON PEDRO

Laura está aquí,

y aunque la tuve por muerta

en este traje que ves

ha vivido en una aldea,

y es la misma que hoy libraste.
DON JUAN

¡Desdichada fue su estrella!

Dala en albricias las manos,

que el Rey, mi señor, me esfuerza

al cumplir la obligación

que la tengo a Laura bella.
REY

Yo ofrezco ser el padrino,

y otros brazos la posean

por dichosos y yo olvide.

MONZÓN

No hay para mí cosa buena;

después de haber naufragado

por la mar, y por la tierra

pasar tan grandes trabajos,

sin casamiento me dejan.

DON JUAN

Con Inés te ofrezco yo

dos mil ducados de renta.

MONZÓN

¿Por poder me he de casar?

Aquí un escribano venga.

REY

Abraza, Laura, a mi hermana.

INFANTA

Hoy don Pedro suyo sea,

pues Dios la quiso librar.

DON PEDRO

Y su fin dichoso vea

la Hermosura y la Desdicha.

MONZÓN

Y la de pedir el poeta

mil perdones a mil yerros,

digna acción de su nobleza.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

